ALFAGUARA

Patricio Jara

El cielo rojo del norte

Narrativa Hispánica

Índice

Cubierta
Regreso a Tarapacá
El cielo rojo del norte
La muerte es una cosa muy seria
El silencio de tantos hombres juntos
Desnudo, contuso, completamente
Nada de esto importará cuando
Biografía de un campeón de lucha
Allá en el norte hay una guerra
Nota del autor
Notas
Créditos

Somos nuestros propios cementerios. Vivimos agazapados entre las tumbas de las personas que fuimos.

Clive Barker

Regreso a Tarapacá

Volvimos a Tarapacá a buscar el cuerpo del comandante Eleuterio Ramírez. Hay que tener la tripa dura para plantarse aquí luego del desastre que fue para nosotros este valle desconocido, rodeado de cuestas y quebradas convertidas en trampas. La primera expedición había sido un completo fracaso, un error del que no me corresponde hacer juicios. Lo único que puedo decir es que no bastó con el coraje en la batalla. En Tarapacá nos llenamos de muertos.

Después de Dolores, la campaña se organizó para acorralar, combatir y apresar, en ese orden, a cerca de mil soldados peruanos. Eso habían dicho los exploradores y eso fue lo que pidió nuestro jefe de división. Pero una vez acá, frente a ellos en el descampado, nos dimos cuenta de que no eran los que decían, sino hartos más, muchísimos más. Algunos calcularon sobre los cinco mil, el doble de los que llegamos tras sus pasos. Así nos fue y así nos fuimos, porque de entrada nos cayó encima una lluvia de balas y cañonazos del carajo. Pase lo que pase al final de la guerra, estoy seguro de que todos recordarán la forma como nos recibieron esos guanacos. Y más aún lo que dos o tres escucharon susurrar al comandante Ramírez: que nos habían mandado al matadero. Eso dicen que dijo, tal cual, y los que estaban cerca le encontraron toda la razón.

Nuestras fuerzas resistieron hasta lo posible. Luego vino el alboroto. Mi compañía se dispersó y terminé a las órdenes del coronel Vergara, un poco a la retaguardia. En cambio, Ramírez y los que tenía a su cargo como teniente coronel del Segundo de Línea quedaron aprisionados en una quebrada. Se refugiaron entre los peñascos, en los matorrales de las pendientes, en caserones y en construcciones primitivas hechas de piedra y barro. Pelearon los que estaban buenos para pelear y murieron más de los que debían morir.

Cuentan que el comandante fue herido en una mano y tuvo la atención del cirujano del regimiento. Él le aconsejó recular, pues el corte estaba profundo e iba a perder mucha sangre, pero no lo escuchó y ordenó el avance entre el fuego enemigo. En ese momento Ramírez

fue alcanzado ahora por una esquirla y buscó refugio en un caserón junto a unos pocos oficiales, el cirujano que le decía que recularan y dos cantineras que trataban de atender a los desangrados. Lo único que ellas tenían eran vendas, una caramayola con agua y un poco de coñac. El botiquín se les había caído en el correteo y no hubo forma de recuperarlo.

Afuera del refugio las balas no cesaban. El comandante vio que los enemigos se multiplicaban alrededor y comenzaron a avanzar hacia ellos. Ramírez cargó su revólver y los esperó a la entrada. Disparó toda su munición sobre los primeros que vio, hasta que no tuvo con qué defenderse y lo mataron de un tiro en la cabeza. Siguieron con los heridos y con las dos cantineras. Dicen que a los cadáveres de las mujeres los mutilaron, que les cortaron las orejas y les abrieron el pecho. Dicen tantas cosas que al final no sabemos qué creer. Lo cierto es que después prendieron fuego a todo. Nosotros vimos el humo desde lejos, al atardecer, cuando empezábamos la retirada del infierno al que nos habían enviado. Perdimos más de setecientos de los nuestros en un solo día.

Hoy hace calor en Tarapacá. Pareciera que el sol, en vez de empinar, se hace bajo y suelta sus lenguas sobre nuestras cabezas. No recuerdo que hubiese este calor el día que combatimos acá. Es raro como funciona la cabeza en desesperación, porque ahora tampoco reconozco nada del paisaje en que corrimos de ida y corrimos de vuelta. A veces es bueno que el cerebro borre o confunda las situaciones. En especial las malas. Quizás sea la manera que tienen los hombres para resistir cuando están en una guerra. Después habrá minuto para los recuerdos y las lamentaciones. De seguro también para el rencor.

El coronel Urriola ha ordenado que tomemos agua y comamos antes de comenzar el trabajo. Algunos se encargarán de recuperar los pertrechos y las piezas de artillería que no pudimos llevar en la retirada. Otros removeremos el lugar donde fue acorralado el comandante Ramírez y quienes le seguían. Dicen que de ninguna manera estas ruinas eran un caserón. Que ni dan para ranchos. Otros creen que fue un desparramo de chozas, cuando mucho. Ya ni sé la

diferencia. Ahora todo está roto, chamuscado y lleno de tierra. Es un chiquero del que sobresale una ruma de maderas y piedras grandes que vamos quitando en silencio. A ratos el olor a mugre supera al de los palos quemados y no se soporta. Unos hacen asco y deben moverse a un lado para respirar un poco de aire fresco. Otros se hieren las manos o la brisa que se levanta les mete cenizas en los ojos.

A primera hora de la tarde hallan un cuerpo y corre la voz hacia la tienda donde el coronel permanece con otros oficiales. Un grupo de soldados se ha puesto de rodillas para escarbar entre los escombros y la tierra que lo cubren.

«Es Ramírez», anuncian.

Están seguros de que se trata del comandante. Han reconocido parte de su rostro y aún conserva el anillo de matrimonio en su mano izquierda. Lo que no saben es dónde están sus piernas. Las buscan pero no las hallan en ninguna parte.

Los que han sido parte del Segundo de Línea se agrupan alrededor y hacen una reverencia que seguimos todos. A mi espalda alguien resopla abatido, como si echar fuera el aire de los pulmones sea la forma digna de botar la pena cuando no estamos en privado.

A los pocos minutos llega el coronel Urriola. Un sargento le indica el montículo donde han puesto el cuerpo de Ramírez. Está cubierto con una manta gruesa.

«Sigan buscando a los demás», dice mientras se dirige hacia allá.

Poco después aparecen los restos de tres soldados. No se sabe quiénes son porque están carbonizados. Nos detenemos, hacemos un momento de silencio, luego los ponemos a un costado y continuamos. Un teniente ha pedido que quitemos una pila de bloques de piedra que pudieron formar una cocina. Así es. Al cabo de un rato encontramos cacerolas, cuencos de madera, vegetales, granos a medio quemar y otros artefactos que vamos separando del resto de las porquerías. A eso nos dedicamos cuando dan el anuncio de dos nuevos cuerpos. Permanecen debajo de una viga gruesa y tiznada que de seguro trajeron de otro lado para arrojarla sobre el fuego. Es tan pesada que solo es posible remover con la fuerza de cuatro hombres. Cuando lo consiguen, uno de ellos, un capitán joven de apellido Cáceres, da un

paso atrás. Se ha puesto pálido. Los colores de su cara desaparecieron de golpe y le han dejado las carnes cerosas. Si hubiera gritado habría sido menos terrible. Los que están a su lado prefieren llamar a Urriola para que vea lo que acaban de encontrar. De no ser por el buen ojo de un sargento que ha reconocido los uniformes, nadie sabría que son los cadáveres de nuestras dos cantineras. Los cuerpos están castigados. Que baste esa palabra para lo que se necesita saber, porque es una palabra fácil de olvidar y que usaremos para otras cosas cuando esto haya terminado.

Nuestro coronel se abre paso entre el grupo y ve los restos asomados entre la inmundicia. Dice que las conocía, que conocía a las dos. Lo dice fuerte para que escuchen los que estamos cerca y los que están lejos, porque así como han dejado a estas mujeres es que actúa el enemigo con el que peleamos. Urriola agrega algo, pero sus palabras terminan en un lamento que apenas se oye, como si estuviese hablando solo mientras se aleja a su tienda. El coronel camina abatido, da la impresión de haber envejecido de golpe. Nos habríamos quedado viéndolo mucho rato más de no ser porque el capitán Cáceres ha recobrado las fuerzas y los colores de su cara y ordena a los gritos que sigamos buscando, que sigamos buscando hasta encontrarlos a todos.

El cielo rojo del norte

La misma mañana en que las tropas chilenas desembarcaron en el puerto de Antofagasta —y quizás en el mismo instante en que el primero de los doscientos soldados plantaba su calamorro recién lustrado en el tablón más cercano del muelle—, Apolonio Mancuso salió de su casa rumbo a la recova. El viejo nunca dudó de que fuera cierto eso de que vendrían los chilenos. Había dinero en juego, había empresas, terrenos y personas importantes que decían una cosa y otras que les contestaban lo contrario. Escuchó tanto que cada vez fue entendiendo menos. Hasta que los chilenos llegaron. Allí estaban sus barcos anclados en la rada. Primero fueron dos y ahora eran cuatro. Pero Mancuso tenía otros asuntos de que preocuparse. De manera que así avanzaba el viejo por los últimos retazos de sombra del pasaje Ballivián antes de que el sol de febrero terminara de asomar detrás de los cerros. Caminaba sorteando pozas de agua sucia y ajustándose cada tanto sus anteojos de montura metálica, sostenidos por obra y gracia de un par de alambres largos que le sobresalían por los costados. Nadie se atrevía a decirle que parecían antenas.

Los soldados salieron del muelle y se repartieron por la Plaza de Colón. Desde ese momento, siendo las ocho y treinta de la mañana del 14 de febrero de 1879, las autoridades de la prefectura recibían la notificación: el ejército chileno se hacía cargo de Antofagasta. Poco después, cuando comenzara la guerra contra Bolivia y Perú, el puerto se iba a convertir en un lugar estratégico y fue acondicionado con rigor. Se fortificó el embarcadero para resistir un eventual ataque del Huáscar y se habilitaron campamentos. Allí esperaban recibir y dar instrucción al contingente que vendría desde el sur. Antes de que terminara ese año, cerca de veinte mil soldados iban a estar instalados en las explanadas del ferrocarril.

Mancuso prefería dejar que el lío siguiera su curso. A fin de cuentas, su pequeña consulta dental, pensaba, no era un asunto al que las nuevas autoridades le fueran a prestar mucha atención. Él sacaba muelas, raspaba caries, aliviaba fuegos, quemaba pústulas y drenaba

los abscesos que provocaba el exceso de aguardiente de mala calidad. Eran atenciones tan urgentes que no tenía tiempo para enterarse de mucho. La gente llegaba, abría la boca y media hora después Mancuso les decía que podían irse sin comer nada hasta la mañana siguiente. Desde su fundación, Antofagasta había sido un revoltijo tan grande de nacionalidades que lo único claro que tenía el sangrador era que una muela cariada provocaba el mismo dolor en todas las personas.

«El dolor es universal», decía a los pacientes cuando le venían ganas de filosofar.

Esa mañana Mancuso llegó a la recova recova y se encontró con que estaba cerrada hasta nuevo aviso. Sin saber qué hacer, giró sobre sus talones y desapareció entre la muchedumbre que deambulaba por el frontis. Todos hablaban de lo mismo: que soldados chilenos habían desembarcado en el muelle sin que nadie hiciera nada por evitarlo, que no se disparó un solo tiro y menos mal que fue así porque no querían balaceras ni cañonazos que destruyeran lo que les había costado tanto construir.

Mancuso regresó a su casa, fue a la cocina y cortó un trozo de un queso de cabra amarillento guardado en un mantel de tela de saco. Lo acompañó con un jarro de cerveza desvanecida que aún conservaba el sabor. Comió y bebió tratando de avanzar en un libro que había conseguido días antes en el muelle. Se llamaba *Cumbres borrascosas* y le impactaba la descripción de los paisajes que hacía su autora, una mujer de apellido para él impronunciable. Los lugares eran tan distintos al sitio donde vivía. Pero no pudo avanzar mucho, pues de pronto se distrajo preguntándose si la llegada de los chilenos le traería problemas; que cómo diablos iba a arreglárselas si las cosas se ponían feas y causaban una arrancadera grande que lo dejase sin clientes.

Había llegado al puerto a trabajar como sangrador y hasta entonces sumaba tres o cuatro hazañas dentales que le dieron popularidad en todos lados, menos en el Hospital del Salvador. Allí poco faltó para que fuera sacado a patadas al saberse que no contaba con ninguna clase de certificado ni preparación formal. Mancuso había pecado de exceso de entusiasmo luego de curar las infecciones de un par de

vecinos que, de no mediar su intervención, pensaban que se iban a morir de dolor de muelas. Creyó que eso bastaba para presentarse ante los médicos oficiales como si fuera uno de ellos.

Vestido de blanco impecable, esperó una mañana completa sentado en un escaño en la mitad de un pasillo para cruzar algunas palabras con los doctores Neill y Lea-Plaza, los jefes del hospital. Al verlos venir, el viejo se puso de pie y se presentó:

«Apolonio Mancuso, experto dental», les dijo ceremonioso.

Los médicos se quedaron inmóviles.

«Perdón, señor, qué sorpresa», atinó a decir Neill, con el balbuceo que en los desprevenidos provoca una eminencia. Se preguntaba por qué nadie les había comunicado de su llegada a la ciudad.

Aún con la palabra *experto* retumbándole en los oídos, el otro médico limpió rápido sus manos en el delantal y le extendió una.

«Cirujano Lea-Plaza, para servirle», le dijo, pidiéndole que los acompañara a un sitio más adecuado. Así cruzaron un pequeño jardín interior rumbo a la oficina de administración. El trecho estaba cubierto de cactus flacos como escobas y matas de hierbas medicinales que resistían el polvo. Aunque Mancuso se fijó en dos maceteros con flores rojas y amarillas que destellaban en un extremo. Nunca las había visto y pensaba en qué clase de cuidados habían necesitado para crecer en ese lugar lleno de tierra dura y seca. Mientras avanzaban, los tres intercambiaron frases amables, hasta que Neill, aún avergonzado por lo que consideraba una falta de consideración ante un colega, le preguntó de qué universidad o academia provenía. Sin titubear un segundo, Mancuso abrió grande su sonrisa de duende y contestó pausado:

«De ninguna. La experiencia y los libros me bastan».

Eso fue lo único que el viejo pudo decir antes de quedarse hablando solo.

Apolonio Mancuso se instaló en Antofagasta en abril de 1877. Llegó desde Elvira, un distrito ganadero al norte de Potosí. Tomó la decisión de abandonarlo cuando allí aparecieron los primeros dentistas profesionales enviados de la ciudad. Sin que nadie lo advirtiera, sin

que ningún rumor alcanzara a circular entre las ferias, la plaza o las decenas de chinganas de sus principales calles, de pronto todos los dentistas artesanales de Elvira que por años se encargaron de la dentadura de los habitantes de la región, todos esos viejos y rudos sangradores que aceptaban cualquier encargo por complicado que fuera, se quedaron irremediablemente sin trabajo.

Antes de la apertura del consultorio, Elvira contaba con un médico capacitado para ejercer, entre otras muchas disciplinas, la dentística, pero estaba anciano y con el pulso tan inestable que los vecinos preferían a los sangradores. Aunque ellos no dudaban en aplicar las mismas técnicas utilizadas en chancadoras o fábricas de carretas, por lo general terminaban aliviando cualquier problema. Muchos de esos dentistas de campaña contaban con oficios paralelos como barberos, albañiles o maestros de carpintería, por lo tanto la llegada de los doctores les hizo guardar su instrumental sin mucha ceremonia y se olvidaron para siempre de *los misterios de la boca humana*, como acostumbraban decir cuando no sabían muy bien de qué manera tratar a sus pacientes.

Mancuso no se resignó y al cabo de dos semanas sin clientes decidió marcharse del pueblo. De lo que pudo averiguar, Antofagasta parecía el mejor sitio donde establecerse: un puerto que durante los últimos años había triplicado su población gracias a decenas de extranjeros que llegaban a instalarse con barracones mercantiles o pequeños negocios. También escuchó de otras cosas que habían pasado en la costa: le hablaron de una plaga de patos yecos que dejó los techos de las casas cubiertos de una costra de mierda ácida imposible de quitar y luego de una epidemia de fiebre amarilla. Incluso alguien le dio a entender que la ciudad era mucho más antigua de lo que se pensaba y que una peste feroz había obligado a destruirla a cañonazos y a fundarla de nuevo. Pero esa historia le pareció demasiado.

Mancuso había traído sus instrumentos en dos maletines, pero solo una parte la tenía a la vista; la otra, bastante efectiva aunque de formas menos amables, prefería sacarla cuando el paciente tuviera los ojos cerrados. El viejo no tenía la posibilidad de conseguir éter, anhídrido carbónico, óxido nitroso ni cualquiera de los químicos

anestésicos mencionados en los documentos que leyó en las bibliotecas de La Paz y Potosí. Eran caros o bien inencontrables en la zona, por lo tanto debía ingeniárselas con infusiones de yerbas o algas marinas remojadas en aguardiente.

La llegada de Mancuso fue celebrada por los obreros y habitantes más modestos. Nunca hubo filas en la puerta de su consulta en el pasaje Ballivián, pero en los mejores días atendió hasta tres pacientes seguidos.

Como era de esperarse, los médicos del hospital jamás tomaron en serio su trabajo, sobre todo al enterarse del tipo de instrumental que ocupaba tanto en la extracción como en el raspado de caries. Para ellos no era más que un delirante en busca de dinero fácil, similar a la caterva de charlatanes descubierta en Santiago de Chile, donde el doctor Lorenzo Sazié, alarmado por la clase de infecciones bucales que debía atender, citó a los sangradores de la ciudad para que mostrasen sus instrumentos en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. El llamado de Sazié se convirtió en una descomunal muestra de lancetas, cuchillos, tenazas, escarificadores, alicates, escobillas, bruñidores, limas de acero, horquillas, bicheros, ventosas y otros *instrumentos para las muelas*, como le llamaban los matasanos a cuanto artefacto usaban dentro de una boca. Esto sin contar el catastro de remedios caseros y secretos para aliviar las molestias que, en el caso de los poblados de la precordillera, agregaban recetas con pólvora, sangre de vizcacha mezclada con arena cocida y hasta la propia orina como enjuagues preventivos.

El atardecer del 14 de febrero de 1879 cayó sobre Antofagasta como un telón rojo. A ratos se hizo tan intenso que borró la línea del horizonte e hizo desaparecer las nubes que hubo durante ese día. Fue un espectáculo poco común en aquellas fechas de verano y de calor en el norte, sin embargo nadie le prestó mucha atención. El interés de la mayoría de los antofagastinos estaba en la Plaza de Colón y en la bienvenida a las tropas que parecía no terminar. Aunque a pocos metros de allí, un grupo de cinco soldados chilenos se había apartado de los recibimientos y comenzaba a encaminarse al fondo del pasaje

Ballivián. Iban guiados por el sargento José Manuel Borgoño que, en vista de la urgencia del encargo, apuraba el paso con zancadas tan largas que a los escoltas poco les faltó para ir trotando a su lado. Había sido un día pesado para Borgoño. Lo único que quería era un catre para echarse algunas horas. Como si no hubiese bastado con ser el encomendado de notificar al prefecto boliviano que desde esa mañana su regimiento se hacía cargo del puerto, ahora tenía una nueva tarea.

«En la entrada tiene un cartel. No hay cómo perderse», le habían dicho, y así fue. A poco avanzar, Borgoño vio un anuncio grande, quizás demasiado para el tamaño de la casa donde estaba puesto. Había sido hecho de tablas de madera apenas cepillada y tenía la palabra *Dentadura* escrita con letras rojas sobre fondo blanco. La acompañaba el dibujo de una muela adornada con rayos perpendiculares para darle un efecto resplandeciente.

Borgoño llamó tres veces.

«¿No se habrá asilado como los otros?», preguntó uno de los soldados.

El sargento levantó las cejas sin saber qué decir. Pero no fue necesario que dijera nada, pues en ese momento se abrió la puerta. Apolonio Mancuso estaba vestido con una camisa blanca, un pantalón gris y unas alpargatas que dejaban a la vista los dedos de los pies. Tenía el pelo revuelto y también anteojos, lo que a Borgoño le dio cierta tranquilidad. Para él solo la gente seria usaba gafas de aumento. La cuadrilla hizo una medialuna alrededor y el sargento habló.

«¿Usted es el doctor Mancuso?»

«Mancuso, sí... pero no doctor», corrigió.

«¿Usted sabe de muelas y dientes?».

«Así es».

«Necesito que me acompañe».

El viejo retrocedió un paso.

«Es una emergencia y tiene que ayudarnos. Podemos retribuir su trabajo», dijo Borgoño.

«Mejor vayan al hospital. Allá están los que saben más».

«No hay nadie. Se asilaron en el consulado peruano y no quieren

salir».

Mancuso se quedó en silencio. Primero imaginó a los médicos peleándose por entrar primero a la casona frente a la Plaza de Colón. Luego se preguntó cuántos pacientes habían quedado botados en el hospital. Después, sin saber por qué, se acordó de las flores rojas y amarillas que había visto la única vez que estuvo allí.

«Mala cosa», dijo.

«Señor, no quiero obligarlo. Por favor traiga sus instrumentos y acompáñenos», insistió Borgoño.

En ese instante se escuchó el ruido de una tira de petardos caseros. Fueron seis o siete estallidos que provenían de la plaza. Allí la gente aún celebraba la llegada de las tropas. Mancuso miró uno a uno a los militares que acompañaban al sargento. Le llamó la atención que tuvieran el mismo bigote y el mismo corte de barba.

Las calles cercanas a la prefectura del litoral habían sido vestidas con guirnaldas y rosetones pintados de azul, rojo y blanco. En la puerta, una pareja de soldados montaba guardia en medio del bullicio. Aunque iba resguardado, Mancuso no resistió la tentación de estirar el cuello para ver lo que sucedía: las tropas que ocuparon Antofagasta, más que resistencia, encontraron un carnaval que a esa hora se había transformado en una sucesión de discursos hechos desde un escaño. Quien quisiera hablar, podía hacerlo, y algunos habían hablado y bebido tanto que lo único que importaba era que terminaran su intervención con la palabra *salud*.

Una vez dentro de la prefectura, Borgoño adelantó al grupo y se encaminó por un corredor a uno de los salones que había al fondo. El pasillo estaba adornado con pinturas de paisajes de La Paz y diversos motivos patrios. Después de unos minutos, el sargento se asomó al pasillo.

«Traigan al señor», ordenó.

Apolonio Mancuso entró a una sala grande e iluminada con lámparas de bronce. Había cortinas verdes y largas que parecían recién instaladas. Si Borgoño no la hubiera señalado, él no habría notado que entremedio había otra puerta.

«Venga», le dijo el sargento y ambos pasaron a un despacho similar, con la diferencia de que en un extremo había un hombre de espaldas mirando la calle a través de una ventana. Al sentir que alguien entraba, este se volteó de inmediato. Era el coronel Emilio Sotomayor, el comandante de las fuerzas de ocupación, la autoridad más importante que había en el puerto desde esa mañana.

«Señor dentista, gracias por venir», dijo Sotomayor.

Mancuso fue incapaz de responder el saludo. Sabía perfectamente quién era él. Los diarios publicados en la víspera se habían encargado de construirle un prontuario a la altura del Gran Mongol.

«Tengo un dolor de muelas que no me deja en paz», le dijo tomándose la quijada. «Viera usted. Empezó a la altura de Coquimbo y no ha parado».

Mancuso seguía mudo. Pensó que se iba a desmayar de lo nervioso que estaba.

«Es un dolor bien adentro», dijo Sotomayor.

El viejo respiró profundo y le pidió al coronel acomodarse en una silla y abrir la boca todo lo que pudiera. Al tener la cara de Mancuso a un palmo de la suya, Sotomayor lo miró directo a los ojos y trató de adivinar la edad de aquel hombre, pero no pudo. Tal vez tenían la misma y habían pasado por cosas similares en algún momento de sus vidas. Se preguntó si tendría esposa, si tendría hijos. Supuso que las arrugas y las manchas pardas que salpicaban sus mejillas no eran sino el resultado de tantos años de sol. En cualquier caso, de lo que sí estuvo seguro Sotomayor fue de que esos alambres que salían por los costados de sus anteojos parecían dos antenas.

A Mancuso le bastó una mirada rápida para comprobar que se trataba de una de las muelas del juicio: era una pieza nueva que asomaba torcida al final de la corrida de molares derecha.

«Hay que sacarla», dijo.

«Lo sospechaba».

«Me extraña, eso sí, que aparezca a su edad».

«¿A qué cree que se debe?», preguntó el coronel.

«No lo sé. Son los misterios de la boca humana», respondió Mancuso. «Podría regresar mañana y ver qué podemos hacer».

«Prefiero que lo solucione ahora».

«¿Ahora?».

«Ahora».

El coronel Sotomayor bebió dos vasos de agua ardiente mezclada con infusiones. Mientras el preparado hacía efecto y el brillo de sus ojos se iba apagando, Mancuso aprovechó de revisar sus instrumentos, en especial su tenaza pico de cuervo, con la que haría el trabajo duro: dar el tirón final a la muela hasta desprenderla. No iba a ser fácil. A diferencia de las necrosadas o las partidas, esta tenía raíces jóvenes y firmes. Habría que aplicar bastante fuerza pero también mucho cuidado. La tenaza no podía fragmentarla. Necesitaba de un movimiento preciso para que, por su propio bien, la pieza saliera completa.

Mancuso se acomodó su mascarilla de gasa y le pidió a Borgoño un poco más de luz para examinar en detalle la muela. De inmediato el sargento ordenó traer dos lámparas cargadas a tope que iluminaron la sala como si fuese de día. Mancuso le dijo a Borgoño que se quedara a su lado, que iba a necesitar de su ayuda.

«Aquí estaré, señor», le respondió resignado. El sargento habría querido estar en cualquier parte menos allí para cuando a su coronel le sacaran la muela con aquella tenaza espeluznante.

Mientras Sotomayor sentía la boca anestesiada, Mancuso tomó un trozo de algodón y le fue secando las babas apozadas bajo la lengua. Luego tomó la muela con una pinza delgada y la manipuló con cautela. El coronel no dio muestras de dolor y él aumentó la fuerza de sus movimientos, cambiando la pinza por un gatillo hasta que la encía comenzó a sangrar.

«Algodón», dijo y extendió una mano hacia atrás. Borgoño le puso en la palma una bola del tamaño de una manzana. «¡Trozos pequeños! ¡Con esto se me ahoga!».

Al ver la boca de Sotomayor llena de sangre, el sargento hizo una mueca de espanto y prefirió concentrarse en lo que le pedían. Mancuso siguió aflojando la muela y comenzó a dolerle la espalda de estar tanto rato inclinado. Pero se mantuvo así hasta que supo que

venía el fórceps final.

«Vamos a necesitar ayuda. Usted y dos más», le dijo a Borgoño.

«Dos más. Muy bien», repitió él y salió de la sala para volver con un par de soldados.

«Cuando lo pida, lo afirman», dijo Mancuso antes de acercar la tenaza pico de cuervo, un artefacto del tamaño de un brazo y terminado en una punta mecánica. Cada vez que cerraba y abría sus patas, esta emitía un chirrido como si tuviera vida propia. Fue en ese minuto cuando al sangrador le ocurrió lo que le ocurría siempre: de un momento a otro perdió el miedo, tomó en sus manos la tenaza y se sintió seguro, imbatible. No existía nadie más en el mundo que él, su herramienta y la muela que debía arrancar. Limpió el artefacto con un paño húmedo y se lanzó sobre la boca abierta de Sotomayor tan rápido como un ave cazadora.

«¡Ahora!», gritó, y Borgoño y los soldados contuvieron al coronel.

El viejo aprisionó con decisión y giró su muñeca de izquierda a derecha hasta oír el crujido. Sotomayor levantó los pies y tiró lejos a uno de los ayudantes. Pero no había vuelta: Mancuso capturó la muela y bastó un tirón para sacarla por completo. Esa noche, Borgoño comentaría en su camarote que la mandíbula de su coronel había sonado como un trozo de madera que se parte en dos.

Mancuso dejó a un lado la tenaza con la muela aún aferrada a su punta y sacó de su maletín un pequeño frasco de vidrio.

«Señor, ahora necesito desinfectar y cortar la hemorragia», le dijo.

Sotomayor abrió los ojos aterrado. Adentro del recipiente había un líquido que de pronto vio resplandecer.

«Piense que siempre habrá dolores peores que este», le dijo Mancuso, y sin más le abrió la boca para vaciar en la herida un chorro de un preparado que tenía, entre otros ingredientes, dos cucharadas de sal.

Apolonio Mancuso salió de la prefectura cerca de la medianoche. Entonces el coronel Sotomayor descansaba en un dormitorio que le habilitaron dentro de la casona. La hemorragia había terminado y quedó con la orden de aplicarse frío para la hinchazón.

Mientras limpiaba sus instrumentos, el viejo se animó a hacer algunas preguntas a los soldados que lo acompañaban, pero ninguno pudo responderle con seguridad. Él quería saber hasta cuándo iban a quedarse las tropas en el puerto.

«Puede que una semana o un mes. De pronto un año», dijo uno.

«Quizás para siempre», añadió otro.

Mancuso se sobresaltó.

«Es un decir. Nadie lo sabe».

Una vez que ordenó su maletín, una cuadrilla lo acompañó de regreso al pasaje Ballivián. No estaba ni el sargento Borgoño ni ninguno de los soldados que lo fueron a buscar. Aunque notó, eso sí, que tenían la misma barba y el mismo bigote que los anteriores.

«Buen trabajo, abuelo», le dijo el oficial a cargo del grupo y que se presentó como teniente Eleuterio Ramírez.

Caminaron en silencio por las calles de la Antofagasta en penumbra y sin rastros del carnaval que la agitó desde temprano. Al llegar a su casa, Apolonio Mancuso se despidió de los chilenos apenas levantando el mentón, empujó la puerta con el pie y entró manoteando en la oscuridad. Llegó hasta su dormitorio, se quitó las alpargatas y se tendió en la cama. Esa noche, por las dudas, durmió vestido.

La muerte es una cosa muy seria

El teniente Tomás Godoy camina con la sed metida en la garganta. Apenas bebió el último trago de su caramayola supo que el alivio sería pasajero, que la sed desaparecería unos minutos para volver convertida en una llama amarga, y que se haría más amarga, más caliente, más espesa y más árida a medida que llegara al fondo de su paladar. El teniente camina por la llanura arrugada, solitaria y sin nombre. Siente que su lengua es una goma reseca, hinchada, dura. Está cansado de buscar un hito milagroso bajo el sol, una señal para orientarse. Perderse en cualquier desierto es malo, pero perderse en el desierto más seco del mundo y en plena guerra, es horrible. Hace unos días, cuando iba con su patrulla de exploradores, todo era seguro: había un mapa, un destino y una orden por cumplir. No tenían cómo equivocarse, no tenían cómo salirse del rumbo. El desierto estaba allí y ellos estaban juntos y armados y tenían agua y caballos para montar y volver a tiempo. Tal como lo habían marcado en el mapa. Ahora el desierto sigue allí y Tomás Godoy está solo. Siente que los ojos le arden, que se han vuelto rojos y en vez de lágrimas le brota un pus verdoso que huele como los órganos que ya están malos. Aunque peor que sus ojos, peor que la lengua son para Tomás las piernas: le pesan tanto que no las siente, apenas si puede arrastrarlas por este desierto largo donde nadie lo mandó a meterse. Alguna vez, allá en el principio, fue uno de los treinta que colmaron el primero de los seis vagones que iban a Santiago. Tomás Godoy recibió un uniforme y se convirtió en soldado; luego recibió un fusil y se convirtió, como le dijeron, en defensor de la patria. Eran tantos los que iban en ese tren que nadie pensaba que algo malo podía ocurrirles. Nadie pensaba que el desierto podía ser tan desierto.

Tomás se pregunta cómo pudo empamparse y no es capaz de imaginar una respuesta. El sol le aplasta las ideas.

Lo relevante, en cualquier caso, fue así:

Su patrulla había cumplido la ordenanza y regresaba al campamento cuando los agarró la ventisca, una cortina de tierra que

se levantó en el horizonte y poco a poco se fue acercando. Porque en este desierto no hay arena. Eso lo dicen los que no saben. En este desierto hay tierra dura que de pronto se suelta y hace trampas y se transforma en remolinos que pasan llevándose lo que puedan llevarse. Eso fue lo que le ocurrió a la patrulla de Tomás. Los exploradores vieron venir el terral enorme como una ola y se protegieron, se agruparon abrazados hasta convertirse en un nudo. Un poco más allá, y sin que lo notaran, los caballos se fueron apegando unos con otros.

A las cuatro de la tarde se hizo de noche. El remolino se llevó la luz y escucharon que la tierra sonaba a su alrededor, que hacía un ruido como podría hacerlo una lluvia seca. Aunque no había una ventana en muchos kilómetros a la redonda, algunos sintieron que la arena arremolinada también podía sonar como gotas chocando contra un vidrio.

Nadie supo cuánto rato pasaron hechos un nudo. Sí, que les iba a faltar luz para volver al campamento. Moverse a oscuras por el desierto, les habían dicho, no es recomendable, era mejor encontrarse con una banda de cholos y matarse a balazos o a cuchilladas o a palos o a puñetes antes que caminar a oscuras. En el desierto la noche trae el frío, trae el hielo que raja las piedras y no deja nada.

Por qué carajos entonces fue a perderse.

En qué momento se había separado del grupo.

O al revés:

En qué momento el grupo se había separado de él.

Eran seis en la patrulla. Cada uno con su animal y la inscripción 1ªC en la pretina del pantalón. Todos de la Primera Compañía, todos del mismo regimiento, todos con el mismo juramento a la bandera, a la patria, al ejército, a los camaradas vivos, a los caídos y a los que iban a caer.

Ni bien pasó el ventarrón, el capitán decidió que la patrulla se quedara donde estaba. Allí comerían y dormirían lo necesario para juntar fuerzas y al amanecer reanudar camino. Abajo, en el campamento, sus superiores lo iban a entender. El ventarrón de seguro también pasó por encima de ellos y cualquiera habría hecho lo mismo: detenerse y no arriesgar. No vestirse de héroes si el traje les iba a

quedar corto. El cementerio estaba lleno de tipos así.

La patrulla había salido con la misión de confirmar a cuánta distancia estaban del río Loa. Debían llegar a su ribera, asegurarse de que no hubiese presencia enemiga, volver y dar cuenta de lo visto. Esa fue la orden. Pero ahora aquello había desaparecido. Lo último que Tomás Godoy sabe es que la noche anterior se acostaron y se enterraron los pies para capear el frío.

«El problema no es el desierto», dijo el capitán en medio de la oscuridad. «El problema es el pasto que crece hacia abajo».

Antes de la guerra, el jefe de la patrulla era profesor en una academia de ciencias en Concepción. Enseñaba botánica. Por eso lo habían elegido para encabezar la expedición al Loa. Fue en una salida a terreno que escuchó esa frase del pasto creciendo hacia abajo y le pareció ingeniosa. La memorizó sabiendo que algún día la iba a ocupar. Por eso la dijo y luego cedió la palabra a sus hombres. Así, el grupo habló de algunas cosas, contaron anécdotas de la campaña y de la vida en las ciudades y pueblos de los que provenían hasta que uno a uno se fueron quedando en silencio. A medida que los tomaba el sueño, los soldados se iban callando como si callarse, ahí en la noche de la pampa, también fuese una manera de desaparecer.

Tomás despertó de amanecida y vio que su patrulla no estaba. Ni sus camaradas ni sus animales. Distinguió huellas en la tierra, marcas de pisadas que al cabo de unos metros iban haciéndose borrosas.

Adonde mire, encuentra lo mismo. Los cerros parecen un continuo inalcanzable. No hay nada familiar en el paisaje, nada de lo que vio en el camino de ida al río. No sabe dónde está el norte ni el sur. Si marchara al poniente, al *weste*, llegaría al mar y se podría mojar, aunque después el agua trajera de vuelta esa llamarada que le ha subido por la garganta. Pero no sería amarga, sería salada y quizás más fácil de soportar. Tomás se relame al pensar en una playa. Claro que se mojaría. Se tiraría un piquero o cualquier otra clase de salto temerario desde las rocas. Los aprendió de sus compañeros cuando les daban una tarde de descanso. Le da risa recordar. Se ríe fuerte y calcula que está a trescientos kilómetros del mar. Sabe que no es capaz de caminar tanto sin agua ni aquí ni en ningún otro sitio del

planeta. Respira hondo. Es la manera que tiene de ordenar sus pensamientos ahora que supone que el Loa no puede estar muy lejos. Diez o veinte kilómetros, cuando mucho. Ayer lo habían visto, lo habían encontrado y allí estaba con su cauce tranquilo y limpio. No había enemigos ni rastros de presencia humana en el tramo que recorrieron. Lo que sí había eran camarones y los cazaron y los comieron sentados en un risco.

El Loa es muy importante para lo que venga en la guerra. Eso les dijeron. La tropa llegará allí para reponer energías y se dará un banquete de camarones. Claro que sí. Hay tantos que alcanzaría para doble o triple ración. Pero el río no está a la vista. Al menos para él. Tomás puede caminar esos diez o veinte kilómetros que supone. Quizás treinta. Sus botines aguantarían. El problema es que no sabe en cuál dirección. Y no saber es empamparse. No es un asunto de valentía. Al contrario. Haga lo que haga un empampado, es su deseo de sobrevivir lo que termina aplastándolo, su porfía, la ilusión de que podrá ganarle al paisaje. Un hombre empampado es un hombre ciego que entre más cerca cree que está, más se aleja de cualquier lado. Podría sentarse a esperar a que vengan por él. Resistir hasta que lo encuentren. Él tiene voluntad, pero tener voluntad no basta, menos ahora que ha visto tres puntos oscuros moviéndose a lo lejos en el cielo. Sospecha lo que son. A medida que se acercan, las figuras van definiéndose. Tres jotes pueden ser una buena y una mala noticia, piensa él. Una buena porque han de venir de alguna parte no muy lejana. Una mala porque su llegada es el llamado de la naturaleza que no admite equivocaciones: los pajarracos saben, están seguros de lo que ocurrirá.

Los jotes planean y el calor los hace poderosos. Tomás vio unos así en Antofagasta, los vio sobre los techos de las casas y apiñados por decenas en los roqueríos de la playa; los vio en Calama, cerca de Topáter, donde una bala le rozó la oreja izquierda al inicio de la batalla, y, más tarde, como manchones negros apegados a los farellones que se levantan camino de Tocopilla. Pero él no puso atención a lo que se decía sobre cómo acechan a sus presas. Para qué, si en la tropa eran muchos, decenas, cientos de soldados que podrían

correrlos a balazos en caso de que se atrevieran a volar demasiado bajo. Tomás no escuchó cuando decían que los jotes no se toman la molestia de atacar a nadie. Para ellos es mucho más simple: esperan a que la presa se dé por vencida y entonces proceden a alimentarse.

Los jotes comienzan a bajar su vuelo dibujando círculos. Tomás se pregunta cuánto tardará el primero en posarse a su lado. Se pregunta cómo saben tanto de la muerte y por qué llegan en el momento preciso. Eso imagina que ocurrirá: apenas lo vean quieto, los jotes darán curso al trámite y no quedarán más que sus huesos pelados que el desierto se encargará de blanquear con esmero.

Empezarán por su cara, por sus ojos; le arrancarán a tirones la carne de los labios hasta que la rigidez le abra la boca y puedan picotearle la lengua. Así irán rompiendo hacia abajo, sin apuro, pues el mismo olor que los hizo llegar hoy, los hará volver mañana.

Tomás se ha quitado la casaquilla y el quepis. Comienza a tambalearse, inclina el tronco a la derecha, a la izquierda, adelante. Todo con tal de parecer vencido e impotente. Luego se tiende sobre la tierra. Pone los brazos en cruz, como si no tuviese fuerzas ni aliento y por fin diera por concluida su lucha contra el desierto. Tomás se queda inmóvil, casi sin pestañear, con una mueca zorruna, mirando a lo alto a través de sus ojos entrecerrados. No es difícil permanecer allí tendido. El cansancio y la sed hacen leve la espera. Pero los jotes tardan en descender. Aguantan pacientes hasta el mediodía y así aproximarse unos cuantos metros por encima. El más grande de los tres posa sus garras en el suelo y se eleva de inmediato. Aquella maniobra ha sido suficiente para medirlo, olerlo y adivinar el truco. Los jotes no percibieron la muerte pero sí la trampa y ahora se empinan enfurruñados otra vez.

«¿Quién se cree este carajo?».

«¿Quiere engañarnos?».

«La muerte es una cosa muy seria».

Tomás no los escucha.

Aunque podría.

Por mientras, él sigue allí. Se queda tendido largo rato, frustrado de no haber tomado a uno por el cogote. Eso quería: cazarlo con su puño

de valiente soldado de Curicó que se atrevió a venir a estos peladeros de pesadilla. Para eso fue la representación de su muerte: para agarrar del pescuezo al pajarraco y acuchillarlo y abrirlo y beber su sangre amarga, emponzoñada con la carroña quizás de cuántos animales o de cuántos soldados. Eso quiere: beber su sangre pestilente, nauseabunda, pero sangre al fin y así durar un poco más en este desierto.

Al cabo de unos minutos, o de lo que supone pudieron ser unos minutos, Tomás se levanta, alza un puño al cielo y maldice a los jotes al tiempo que enseña sus dientes de animal acosado. Busca una piedra y trata de alcanzarlos. Lanza una. Lanza otra. Todas las que puede hasta que le duelen los brazos y ahora sí el cansancio lo tumba en un acto final. Tomás cae y cierra los ojos con fuerza, como si de esa manera pudiese correr un telón negro sobre su vista y apurar a la muerte o a lo que tenga que venir. No lo consigue. La luz del sol es tan fuerte que desde dentro de sus párpados todo es rojo. Luego se queda dormido y comienza a soñar.

Son tres sueños los de Tomás:

El primero es una escena familiar en el comedor de su casa. Ve a sus padres sentados a la mesa. Hay varios conejos asados. Los conejos humean. Mueven los ojos.

El segundo ocurre en un bosque que no conoce. Acaba de llover y entre la espesura escucha voces que lo llaman.

El tercero lo pone en una playa vacía. Pero no es una playa agradable. No es un paraíso. Hay algo en el mar. Es un animal enorme de lomo negro.

El miedo termina por despertarlo. Tomás Godoy se sorprende de estar aún con vida. No tiene sed ni hambre, de modo que se despereza y estira los brazos, los estira como si fuera a alargarse lo que permiten sus huesos. A su alrededor ha comenzado a oscurecer y los colores son absorbidos por la penumbra. Tal vez así sea cuando llegue el momento, como ser tocado por la sombra de Dios, por una de sus tantas sombras. Pero eso, supone, aún no ha ocurrido y prosigue su camino hacia adelante, siempre hacia adelante, se dice, y avanza por la pampa inmóvil.

El silencio de tantos hombres juntos

El boticario Adolfo Gariazzo escuchó los gritos y apuró el paso entre la multitud. Tantos curiosos había a esa hora en el muelle de Iquique que no le quedó más que abrirse camino a empujones. Todos querían ver a los chilenos que venían capturados en el Huáscar.

«Permiso, señores, por favor», decía el italiano con su maletín llevado a la altura del pecho a modo de coraza.

Lo fueron a buscar a su botica pasado el mediodía y desde entonces no había tenido descanso. Pero en realidad Gariazzo tampoco lo tuvo antes, en plena refriega —cuando una granada venida desde los barcos arrancó el letrero de su tienda y otra dejó varios lastimados al arrasar con el depósito de maíz que había un par de casas más allá—, ni menos después, a la hora de atender a los contusos de ambos bandos que dejó el combate de ese 21 de mayo. Eran tantos que todas las heridas le parecían una misma cosa: quemaduras, fracturas expuestas, mutilaciones de piernas y brazos, ojos pinchados con astillas, traumas acústicos, sofocaciones, crisis nerviosas y una larga lista de padecimientos que no había apósitos ni emplastos capaces de aliviarlos.

Gariazzo llegó a la bodega del muelle, adonde habían puesto a los que estaban peor. Al verlo entrar, un grupo de enfermeros se acercó a hablarle y él abrió su maletín para repartir un puñado de vendas y varios frascos con pomadas. Se atropellaban para preguntarle qué hacer en tal o cual caso y Gariazzo respondió como mejor pudo, luego dejó de escuchar y avanzó hacia un marinero chileno que estaba tendido en un rincón. Tenía el cuerpo cubierto con una manta, pero la sangre había traspasado la tela. Dos camilleros estaban frente a él y no sabían cómo ayudarlo. Uno tenía en su mano una botella con desinfectante. El otro estaba de brazos cruzados.

«Déjenme en paz», gruñía cada tanto y nadie se atrevía siquiera a mirarlo. Más tarde Gariazzo supo que, más que no atreverse, no sabían por dónde comenzar las curaciones.

«¿Cómo se llama?», le preguntó.

«Le están hablando, carajo. Diga cómo se llama», insistió uno de los camilleros, el que estaba de brazos cruzados.

El hombre tenía la visera de su gorra pegada a la frente y daba la impresión de que se quedaría así para siempre, aunque de pronto hizo un esfuerzo por incorporarse, se despejó la cara y abrió los ojos.

«Sargento segundo Juan de Dios Aldea», dijo.

«Con ese nombre no más este cojudo aguanta doce balas en el cuerpo», susurró el camillero que seguía de brazos cruzados.

Adolfo Gariazzo volvió a ver al sargento Aldea esa misma noche en el hospital de Iquique. La orden de la prefectura había sido llevar hasta allá a los heridos cuando oscureciera y con el menor alboroto posible. Al salir de la bodega, el boticario recomendó no mover a Aldea sin antes darle tres medidas de aguardiente mezcladas con una infusión que extrajo de un pequeño frasco de vidrio plomizo. Solo una vez que la bebida hiciera efecto, el traslado en el carro ambulancia podría hacerse con algo de normalidad. De lo contrario, les dijo, los gritos del herido iban a alarmar a los vecinos.

Gariazzo cruzó el muelle y se encaminó a su casa. Le había dicho a Joana que volvería a la hora de la cena y ella se esmeró en preparar una cojinova horneada con cebollas y aceitunas de Azapa. Había sido un día duro y lo menos que merecía era comer bien.

Terminó el pescado, se levantó a la cocina y regresó con dos tazas de té con canela. También puso un plato con dulce de membrillo cortado en cubos y dos barras de chumbeques con miel. Cuando terminó de acomodar la mesa, Joana le preguntó si era cierto lo que se decía del combate, que había muerto la mitad de la tripulación de la Esmeralda.

«Bastante más que la mitad», resopló Gariazzo, clavando con un tenedor un trozo de dulce de membrillo. «Primero dijeron que eran ciento noventa y ocho los marineros que había en el barco... y que los botes del Huáscar recogieron vivos a cincuenta y siete. Después resultó que eran doscientos los que estaban abordo y que los vivos eran sesenta».

«Cómo sabes tú esos números tan exactos», preguntó Joana.

«Estaba ahí cuando los formaron para hacer la cuenta. A los que no podían estar de pie los dejaron en una bodega. Un teniente dijo que eran ciento noventa y ocho, pero ya ni sé. Tal vez mañana los cuenten de nuevo y lleguen a otro número».

«¿No has pensado en que es mejor que nos vayamos de acá?», preguntó su mujer.

«No solo eran chilenos. Había griegos, portugueses, un belga, un inglés, un noruego y hasta un boliviano. Eso dicen».

«Te hice una pregunta, Adolfo. Quiero saber si no has pensado en irnos de acá».

«Sí, lo he pensando, pero en otro lugar las cosas podrían ser peores. La guerra va a seguir hacia el norte. Después de lo que pasó hoy, supongo que acá todo se calmará».

Gariazzo habría dicho algo más y no lo hizo. En el muelle escuchó que los barcos chilenos impidieron que el Huáscar y la Independencia interceptaran a un convoy que llevaba a Antofagasta cerca de dos mil hombres, víveres y municiones. De haberlo conseguido, de seguro los peruanos también hubiesen incendiado la ciudad. Pero eso era especular. Lo cierto fue que la batalla frente a Iquique había sido un matadero. Sobre la cubierta de la Esmeralda rodaron cabezas, piernas y brazos de su tripulación durante tres horas y media, tiempo suficiente en cualquier caso para que el convoy llegara a salvo.

El boticario apuró el último sorbo de té, se levantó del comedor y se dirigió a los gabinetes de su farmacia. Allí recogió frascos con pomadas, botellines con agua preparada, sales, paños limpios y otros implementos.

«Te vas a quedar sin nada si llevas eso», le dijo Joana.

«Hay que hacerlo. Tenemos uno al que le dispararon doce tiros y no murió».

«Y tú crees que puedes salvarlo si lo llevaron a ese hospital tan horrible. De verdad piensas que le hará bien estar en esa pocilga».

El boticario miró a su mujer y le dio un beso en la frente antes de abrir la puerta de calle.

«En dos horas estaré de vuelta», le dijo.

Adolfo Gariazzo y Joana Mazzucco habían llegado a Iquique a mediados de 1876 y de inmediato se hicieron conocidos gracias a su botica Roma. Especialista en hemostasia y preparados anestésicos, el italiano fue siempre un colaborador entusiasta del modesto hospital del puerto. Pese a que su mujer prefería ocupar otras palabras para describirlo, al menos una vez a la semana él era requerido para algún consejo, donar medicamentos o el préstamo de manuales de cirugía que trajo desde Europa. A diferencia de su mujer, que ni siquiera se animaba a pasar por el frontis, Gariazzo se conmovía con la pobreza de sus pabellones, aunque más le impresionaba la suciedad de la cocina, de los baños y el desorden con que manejaban lo poco que tenían. Pero él nunca quiso opinar demasiado ni presumir lo que no era. No había estudiado medicina. Lo suyo eran los químicos, los antisépticos, las sales cicatrizantes y por lo mismo daba su parecer solo si se lo preguntaban.

En cualquier caso, para muchos iquiqueños era un doctor más. Sobre todo cuando lo veían aparecer con su delantal blanco y su mascarilla. Tanto respeto le tenían los soldados de la prefectura y los guardias del hospital que al verlo se cuadraban a su paso. Pero a diferencia de otras veces, cuando él se detenía a conversar unos minutos con la gente de la portería, esa noche el boticario apenas les contestó el saludo y se encaminó rápido a la sala donde estaba Aldea.

El hospital de Iquique era el peor sitio al que podían ir a parar tanto los vivos como los muertos. A diez años de inaugurado como Hospital Nuestra Señora de las Mercedes, o también como Hospital de Beneficencia —fue levantado gracias al aporte de un grupo de extranjeros ingenuos confiados en que el gobierno se haría cargo de su mantención—, estaba convertido en uno de los sitios menos confiables de la ciudad, a varios cuerpos de distancia de los bebederos de calle de Ayacucho, o de las chinganas del final de calle de Zela, tan desbordada de burdeles —y burdeles tan desbordados que en los días de pago ocupaban hasta el patio y la lavandería— que con razón algunos navegantes decían, para espanto de sus habitantes antiguos, que Iquique era la Sodoma del Pacífico Sur.

El hospital nunca había funcionado bien a causa del constante desabastecimiento, de forma que muchos preferían atenderse con curanderos ambulantes o bien esperar en el muelle el arribo de algún vapor con enfermería antes que ir a parar a sus pabellones. Pese al esfuerzo de los vecinos por recolectar fondos, nunca pasaban dos meses sin que surgiera un desperfecto: si no eran los muros agrietados por los temblores, eran las plagas de ácaros ocasionadas por las palomas que anidaban en el entretecho; si no eran los desaguaderos colapsados que albergaban civilizaciones completas de roedores y cucarachas, entonces eran los hábitos de sus propios funcionarios los que aportaban a su mala reputación. Y si alguien no creía lo que se contaba, si consideraban normal que por las noches los perros vagos recorrieran sus pasillos buscando un poco de calor donde echarse a dormir, que leyeran la prensa local, que leyeran cuando a mediados de 1874 *El Mercurio de Tarapacá* se atrevió a denunciar, además de los consabidos problemas logísticos, las humillaciones que padecían quienes se aventuraban a cruzar su puerta de lata en busca de atención.

A los enfermos se les da mal trato y se les atiende peor. La decencia es tan escasa que, a pocos días de habérsele cortado la pierna a un paciente, ésta fue arrojada a los perros, llegando el hecho a conocimiento del afectado, decía la nota. *Incluso mujeres enviadas por la comisaría por infracciones al Reglamento de Policía se entregan a desórdenes y escándalos con los empleados*.

El desbande no acabaría sino hasta mediados de 1877, cuando dos de sus murallas carcomidas finalmente se derrumbaron y muchos enfermos debieron ser acomodados en patios de oficinas públicas, en tiendas de campaña habilitadas en el mercado o bien devueltos a sus casas. Lo único que continuó funcionando en el hospital fueron dos salas de cirugía, una de recuperación y, por razones obvias, la morgue.

La mezcla que Gariazzo le dio a beber en el muelle había hecho efecto. El marinero aún dormía y así él pudo revisar las perforaciones que tenía en los hombros, en la pierna derecha, en el brazo izquierdo y en los empeines. En todas había salida de proyectil.

No terminaba su inspección cuando apareció en la sala el cirujano José Ego-Aguirre. Venía de atender a los otros siete heridos chilenos recogidos por el Huáscar. El mayor tenía quince años.

«Esos calatos quieren seguir peleando», le dijo. «Están furiosos por lo de su capitán. No me dejan revisarlos. Quieren que los suelte para volver a pelear».

Gariazzo arqueó las cejas y le preguntó al doctor sus consideraciones sobre el sargento de la Esmeralda. Ego-Aguirre resopló abatido y le explicó que la peor de todas las heridas estaba en el brazo izquierdo: allí las balas, junto con romper carne y nervios, habían astillado el hueso en tres partes y no quedaba más remedio que amputar. Hubiera tomado la misma decisión con su pierna derecha, pero el marinero perdió tanta sangre que sería incapaz de resistir sin un tiempo adecuado de recuperación. De hecho, pensaban que si el primer procedimiento funcionaba sería porque se trataba de un hombre sano y de buena musculatura. Juan de Dios Aldea tenía veintiséis años.

Ego-Aguirre señaló el lugar para el corte y preguntó al boticario con qué clase de anestésicos y desinfectantes contaban. Tan concentrados estaban en la revisión de las botellas que ninguno notó que Aldea había abierto los ojos y escuchaba atento la conversación.

«¿Muy malo estoy?», preguntó de pronto.

Ego-Aguirre se echó atrás de un salto y por poco no botó al suelo la lámpara a parafina que tenía a un costado.

Los ojos de Aldea recorrieron la sala y luego se clavaron en los del italiano.

«Usted estaba en el muelle».

Gariazzo asintió.

«Avise a mi Remigia, avise a Chillán», dijo Aldea.

«Así será. Pero ahora debe estar tranquilo», le aconsejó el boticario.

«Es raro el acento de usted», dijo Aldea.

«No soy de acá».

«De dónde, entonces».

«De Italia».

«Un italiano en Iquique».

«Somos varios».

«¿Y quién le va a responder por lo que hace por mí? Yo no tengo cómo pagarle».

Ego-Aguirre quiso animar la situación.

«Hasta ahora usted ha resistido bien. Va a librarse de esta y nadie le pedirá un centavo», dijo y le dio a beber un pequeño jarro de aguardiente con veinte gotas de uno de los preparados de Gariazzo. Al notar que Aldea se relajaba por el efecto de la mezcla, por fin el cirujano se atrevió a preguntarle sobre lo que llevaba escuchando apenas llegó al hospital.

«¿Y se puede saber qué diablos hizo para recibir tantos balazos?».

Aldea apretó el entrecejo y lo miró con severidad. Pero aquel gesto no implicaba reproche, más bien el esfuerzo por encadenar las palabras precisas a sus recuerdos.

«Fui el que saltó con el capitán Prat», dijo.

La decisión de amputar el brazo del sargento Aldea requería de varias consideraciones. Una de ellas era informar al teniente Luis Uribe, el superior directo tras la muerte del comandante de la Esmeralda.

Tal como los otros sobrevivientes, Uribe estaba arrestado en el segundo piso del cuartel Salvadora de la Compañía de Bomberos de Iquique. Por orden del prefecto local, los marineros recibieron ropa, comida y mantas para dormir. También octavillas de papel crudo para que escribieran a sus familias. Varios se miraron extrañados al ver las hojas que pasaban de mano en mano. En una esquina del salón algunos permanecían acostados y otros, los más jóvenes, mataban las horas asomados por las ventanas.

La gobernación de Iquique había dispuesto a una decena de guardias como punto fijo, pero estos poco podían hacer cuando comenzaron los insultos entre quienes iban por la calle y los chilenos presos. A ratos era tal el griterío que los soldados peruanos no tenían otra opción que corretear a los vecinos provocadores como si espantaran gallinas. Por supuesto, varios guardias tuvieron de inmediato un sobrenombre de parte de los chilenos: el Mechas de Clavo, el Cabeza de Maceta, el Sonrisa de Gallina.

Así se entretenían los tripulantes de la Esmeralda antes de que Gariazzo llegara a comunicar a Uribe la situación del sargento Aldea y el procedimiento que correspondía practicarle. La sala estaba iluminada con dos pequeñas lámparas que le deban un aire fúnebre a la visita. El teniente escuchó atento y asintió resignado a cada detalle. Gariazzo hubiese querido ser optimista, decir que todo iba a salir bien, pero notó que Uribe ya no lo oía, que no tenía fuerzas para mirarlo mientras le hablaba. Lo mismo pasó con los marineros que había a su alrededor y que llegaron poco a poco a escuchar la conversación: un semicírculo de hombres jóvenes que pasó en segundos del bullicio a la tristeza. Varios ni siquiera pestañeaban. Al boticario no le quedó otra que estrecharle la mano al teniente y despedirse de los demás con un gesto.

Gariazzo regresó al hospital y de inmediato se integró al grupo que estaba en el pabellón. Junto a Ego-Aguirre había dos enfermeros y una pareja de italianos jóvenes que atendía la botica cuando su dueño viajaba a Lima a conseguir productos. Ellos también colaboraban con el hospital si faltaban manos para atender emergencias como la de ese 21 de mayo. Al ver el desastre que había tras el combate, los ayudantes del boticario se presentaron para apoyar en lo que hiciera falta.

El cirujano había dibujado en una pequeña pizarra las mejores opciones para despegar el músculo del hueso. Hizo tres bosquejos hasta que se decidió por un punto a la altura del tercio superior, justo donde habían detectado una nueva fractura.

«Muy bien», dijo y el grupo se acercó a la camilla.

Mientras dos sujetaron a Aldea de los hombros, otro le sostuvo el pecho para que no se levantara. Gariazzo, en tanto, preparaba un cubo con desinfectante para sumergir la pinza que el cirujano utilizaría tras limpiar la herida.

El sargento Aldea había bebido dos nuevos jarros de aguardiente mezclado con coñac, de modo que no advirtió cuando Ego-Aguirre comenzó a retirar con una pinza los trozos de carne muerta. Al cabo de diez minutos, el médico estiró una mano y Gariazzo le entregó el

serrucho, también libre de gérmenes.

«Respire profundo, chileno», le dijo.

La operación terminó pasada la medianoche. El equipo que había atendido a Aldea salió del pabellón y entró a una oficina donde el doctor Ego-Aguirre preparó un poco de café. Nadie hablaba. Nadie quería comentar nada. Gariazzo apuró su taza con tragos largos y dijo que necesitaba descansar.

El grupo salió del hospital y caminó en silencio hasta llegar a una pequeña plaza. Allí, cada uno siguió su rumbo. A esa hora las calles de Iquique estaban impregnadas de un rocío con olor a algas frescas que al boticario, lejos de relajarlo, lo inquietaba: tenía la impresión de que el mar se estaba saliendo por alguna parte e iba a inundarlo todo.

Caminó en línea recta varias cuadras. Sin notarlo, ya no pensaba en el mar, sino en qué podría ganarse la vida el chileno si lograba recuperarse, en qué clase de trabajos podría hacer con un solo brazo.

Gariazzo volvió a ver al sargento Aldea poco después de las once de la mañana. De inmediato advirtió que su ánimo había decaído y el efecto de los analgésicos empezaba a desaparecer.

«Tome», dijo al extenderle un jarro con infusiones.

Permaneció con él hasta avanzada la tarde. Aldea estaba consciente pero casi no abrió los ojos, salvo cuando el boticario tuvo que despedirse. Al ver que el marinero se sobresaltaba, le hizo un gesto para que no se esforzara.

«Avisen a mi Remigia, avisen a Chillán», volvió a decir Aldea.

«Así lo haremos».

Gariazzo entró a la oficina del doctor Ego-Aguirre. Sobre su mesa tenía un carpetón lleno de documentos del hospital. Eran pedidos, notificaciones, permisos, actas. Se veía abrumado con el trabajo de escritorio pero no quiso ser descortés con el italiano.

«Escuche esto», le dijo y tomó un papel doblado en cuatro partes. Lo desplegó y leyó en voz alta:

«El suscrito, José E. Butron, inspector de los registros del estado

civil del Consejo Provincial, fue informado y cerciorado de la muerte a bordo de la Esmeralda, en la bahía de Iquique, de don Arturo Prat y Chacón, de treinta y un años de edad, natural y vecino de Santiago de Chile, de profesión marino, comandante del buque chileno Esmeralda, que falleció en el combate con el Huáscar; de raza blanca, de estado casado con Carmen Carvajal, natural de Chile, vecina de Valparaíso. Son testigos de este acto don Benigno C. Posada y don Guillermo Arredondo, que firman la presente acta conmigo, el inspector informante. Dataría Civil Municipal. En Iquique, a los 22 días del mes de mayo de 1879».

«Qué cosa, ¿no?», dijo Gariazzo.

«Así es. Quizás cuánto tiempo tomará que le avisen a su mujer».

El boticario no dijo nada.

No sabía qué decir.

Joana preparó huevos y un plato con carne de pollo deshilachada revuelta con cebolla y pimentones. Se había levantado temprano y no quiso despertar a Adolfo sino hasta cuando estuviera puesta la mesa. Mientras hervía el agua en la tetera, miró por la ventana de la cocina. Desde allí se alcanzaba a ver una pequeña porción del mar y de la playa. Era una mañana nublada en Iquique, corría una brisa fría y todo estaba quieto. Asomado donde estaba ella, cualquiera podía suponer que en los días previos no había ocurrido nada relevante en la ciudad. Joana se preguntó si lo que hacía su marido por ese chileno tendría alguna consecuencia, si es que no era algo de lo que podría arrepentirse.

La tetera hirvió y la cocina se llenó de vapor por varios minutos. Joana no confiaba en el agua de Iquique y siempre la mantenía en el fuego más rato del necesario, luego entró al dormitorio, despertó a Adolfo y fueron a la mesa. Ella no necesitó que le contara nada. La expresión de su marido mientras sorbía el té con una cucharilla era suficiente.

«¿Sigues pensando que debiéramos irnos de acá?», le preguntó ahora él cuando la mirada fija de su mujer se le hizo intolerable.

«Dicen que la guerra va a durar mucho tiempo», dijo ella. «Y

nosotros estamos en el medio».

«Pase lo que pase, adonde vayamos no vamos a ganar ni tampoco vamos a perder».

«No te olvides de que nos volaron el cartel de la botica de un cañonazo. Esa bala pudo haber entrado por la ventana».

«Pronto me ocuparé de eso».

«Así lo espero. Pronto te ocuparás de eso».

Gariazzo terminó su taza de té y tomó un pan con huevo y pollo. Lo envolvió en una servilleta y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta.

«Qué haces».

«Necesita comer».

El boticario llegó al hospital junto a los italianos que habían colaborado en la operación, pero no alcanzaron a entrar a la sala cuando se encontraron con Ego-Aguirre. El cirujano traía en sus manos un trapo ensangrentado. La hemorragia había vuelto y el sargento chileno comenzaba a agonizar.

«Quedará alguien de punto fijo el tiempo que sea necesario», dijo el doctor.

El cuerpo de Juan de Dios Aldea fue retirado de la sala de recuperación en las primeras horas del sábado 24 de mayo de 1879. Estaba cubierto con una sábana blanca y fue depositado sobre una camilla con ruedas de madera. Permaneció en la morgue hasta la mañana, cuando dos enfermeros y un delegado de la prefectura lo condujeron al cementerio. Allí le quitaron la sábana y dejaron el cadáver únicamente con las vendas que cubrían sus heridas. El oficial decidió que fuese sepultado frente a las tumbas del capitán Prat y del teniente Serrano, a seis pasos de la pared frente a la línea del ferrocarril que llevaba al sur.

Al verlo venir a una cuadra de distancia, los marineros asomados en la ventana del cuartel comenzaron a saludarlo, al tiempo que gritaban hacia adentro que venía el doctor, que venía el doctor a contar cómo estaba Aldea.

Gariazzo llegó al segundo piso y se encontró con que Uribe y sus hombres lo esperaban en silencio. Durante mucho tiempo recordaría el momento, porque estuvo hecho con el silencio de tantos hombres juntos. Sintió que el puerto completo se detenía a escuchar lo que iba a decir, pues sería en ese preciso instante y no antes, no al término de la hemorragia fatal ni cuando el cuerpo fue puesto en la carreta y llevado la tumba, que el sargento Aldea iba a morir en realidad.

Al oírlo, el teniente Uribe buscó con la mirada una de las ventanas del salón y fijó su vista en un punto impreciso, como si entre los tejados de las casas vecinas hubiese algo que solo él era capaz de ver.

«Muchas gracias por intentar salvarlo. Gracias también por avisar».

«La situación era muy complicada».

«Lo sé».

Adolfo Gariazzo se despidió con una corta reverencia del grupo, pero no alcanzó a llegar a la puerta de la sala cuando Uribe le habló.

«Doctor», le dijo, acercándose con un trozo de papel. «Anote su nombre. Por si yo no vuelvo a Chile y sea otro el que deba contar lo que usted hizo por Aldea». El teniente bajó la voz hasta convertirla en un susurro: «Aquí no todos saben leer ni escribir».

Gariazzo apuntó su apellido y le regresó el papel.

«Cuando haya terminado la guerra sabremos compensarlo».

«Antes deberán ganarla».

El boticario salió del cuartel de bomberos. Cada vez que pasaba por alguna calle empinada, veía al Huáscar anclado en la rada de Iquique y entonces pensaba en el sargento chileno y en lo único que pidió: avisar a su Remigia, avisar a Chillán. Lo primero que hizo apenas llegó a su casa fue buscar un mapa.

Desnudo, contuso, completamente sordo

Apunta el escritor Blaise Cendrars en la primera parte de *El hombre fulminado*, obra con que da inicio a sus memorias de viajero empedernido, ciertos detalles de sus vivencias en el Regimiento 3º de la Legión Extranjera durante la Primera Guerra Mundial. El más conocido es aquel que culmina con la pérdida de su antebrazo derecho en los combates contra las tropas alemanas en la región de Champaña. Se trata de un acontecimiento determinante en su vida, el cual, por lo demás, no será detallado por el novelista sino hasta 1946. Ese año publica *La mano cortada*, el segundo de tres volúmenes autobiográficos.

Para entonces, el escritor suizo cuyo nombre real era Louis Frédéric Sauser Hall, tenía en librerías, aunque en tiradas limitadísimas, media docena de títulos. El primero de ellos de 1907, cuando bordeaba los veinte años. Y si bien el episodio sufrido en el campo de batalla interrumpió su carrera durante algún tiempo, Cendrars se mantuvo activo hasta el día de su muerte, en París, en enero de 1961.

Valga esta precisión a la hora de citar las páginas iniciales de *El hombre fulminado*, cuando el narrador testimonia la muerte del sargento Van Lees durante la incursión en Champaña, a fines de septiembre de 1915. La muerte más espeluznante que le fue dada a presenciar en un campo de batalla.

Cendrars se refiere en específico a los combates en la granja de Navarín, tan crudos que hoy se levanta en el lugar un monumento que acompaña al osario con restos de diez mil soldados, entre los cuales, como se verá, no están los del sargento Van Lees.

Dice:

Al lanzarnos al ataque, un obús lo arrastró, y vi, lo vi con mis propios ojos, que lo seguían por los aires, vi al apuesto legionario violado, estrujado, succionado, y vi su pantalón ensangrentado caer vacío al suelo, mientras el horrísono grito de dolor del hombre asesinado en el aire por una gula invisible en su amarilla estela, resonaba con mucha más fuerza aún que la misma explosión del obús, y oí ese grito, que duraba todavía

cuando el cuerpo volatilizado desde hacía rato había dejado ya de existir.

Aparte del pantalón vacío, no encontré nada más de Van Lees, por lo tanto, no hubo muerto que enterrar.

Nuria Sales de Bohigas, la traductora de *El hombre fulminado* al español, precisa en una oportuna nota al pie que una *gula*, también reconocible como *gul, gule* o *ghoul* (لوغلا) es, en la mitología árabe, un «genio maléfico que se alimenta de cadáveres» o, como indican otros textos de origen sumerio, «un demonio necrófago que habita los desiertos e imita la risa de las hienas al oler la sangre fresca». Incluso es definida como «una criatura de suyo espantosa que merodea en los cementerios y basurales donde abunda la carroña».

Si bien hay registros del término desde los tiempos de *Las mil y una noches*, y su nombre cruzó continentes gracias a Edgar Allan Poe —en particular en su poema *Te Bells* que data de 1848—, el *ghoul* cobrará popularidad, si vale el concepto, con la irrupción de la narrativa fantástica de Howard Phillips Lovecraft y su círculo de autores, sobre todo en la serie de relatos perteneciente al Ciclo de Cthulhu, entre cuyas referencias está el infame *Cultes des Goules*, escrito por el conde D'Erlette; el *Unaussprechlichen Kulten* de Friedrich von Junzt y *De Vermis Mysteriis* firmado por Ludwig Prinn.

Pero existen otras evidencias de que la presencia de un *ghoul*, tal como en el relato de Blaise Cendrars, aflora en hechos, aunque escalofriantes, harto lejanos de lo que podríamos encasillar como literatura de horror. Se trata de historias reales, siempre ocurridas en situaciones de caos y confusión, de modo que los testimonios de quienes han presenciado el acecho de un *ghoul* por lo general son vistos como alucinaciones de origen traumático.

Lo que sigue es un relato de esta naturaleza. Da cuenta de las acciones de los regimientos Tercero y Cuarto de Línea durante la Guerra del Pacífico, los cuales la madrugada del 7 de junio de 1880 culminaron, tras cincuenta y cinco minutos de combate, con la toma del Morro de Arica, entonces la plaza peruana más fuerte de aquella zona del Pacífico Sur. El documento fue emitido en la zona de Pocollay el día 9 de junio de ese año y su destinatario es la jefatura del Estado Mayor. Se presume que su autor es el teniente coronel

Pedro Lagos, encomendado a esta operación, o bien podría pertenecer al comandante José de la Cruz Salvo.

Dice:

Habiéndose pasado la noche sin novedad, me puse en movimiento a fin de alistar el ataque a las 4.30 del día 7. Concluida esta preparación, ordené marchar a las 5.00 de la forma siguiente: hice desfilar seis compañías escalonadas con distancia de cincuenta metros unas de otras, tomando la dirección de las alturas de la izquierda del fuerte denominado «del Este» a fin de llegar por dos de sus extremos. Otras dos compañías restantes fueron destinadas por el bajo con objeto de dividir sus fuegos.

Cuando solo se habría avanzado trescientos metros, nuestra tropa fue vista por el enemigo y principió a bombardear con sus tres poderosas piezas de grueso calibre que montaba el fuerte. Con este motivo llamó la atención de los estacionados en el morro y en las baterías de la playa colocadas en el plan. Todas a la vez reconcentraban su ataque sobre nuestra tropa que avanzaba sin disparar un tiro. A la distancia aproximada de mil metros, dos batallones de infantería rompieron sus fuegos sobre nosotros, mientras tanto nuestra gente ganaba terreno hacia el fuerte.

Llegada la tropa, se asaltó escalando las trincheras por distintos puntos al grito de «¡Viva Chile!» y se trabó un nutrido combate a fuego y bayoneta tanto en los muros del recinto como dentro de este. Al mismo tiempo, oficiales y soldados se ocuparon de buscar las baterías eléctricas que daban fuego a las minas de dinamita que nos tenían preparadas y que estaban estallando.

El combate quedó terminado al cabo de una hora, habiendo muerto sus defensores con excepción de un oficial y nueve soldados heridos. En honor de nuestros adversarios debo decir que pelearon como bravos hasta sucumbir.

Por nuestra parte, tenemos que lamentar la pérdida del capitán don Tristán Chacón, muerto a bala al pie de una de las trincheras y del subteniente don José Miguel Poblete, cuya cabeza perdió con el estallido de una granada.

En tanto, el entusiasta sargento don Toribio Ildefonso recibió una explosión que lo hizo volar, dejándolo entre los cadáveres enemigos desnudo, contuso y completamente sordo; sin embargo, un momento

después de recuperar algunas prendas básicas marchó al ataque del fuerte del morro incorporado al primer batallón del regimiento. En ese minuto, sin embargo, la conducta del bizarro Ildefonso cambió y se hizo del todo extraña pues este, en vez de disparar hacia delante, donde estaba el enemigo, disparaba hacia arriba en los cielos, al tiempo que gritaba maldiciones cuya reproducción ahora sería inoportuna por estar colmadas de palabras no buenas de leer escritas en un papel.

El sargento estaba desentendido de las balas que nos venían y bien concentrado en algo que lo hostigaba desde lo alto con intenciones de cazarlo. Aterrado, veía una cosa que los demás no. La tropa comentaría que ni en el más cerrado de los combates hubo una expresión de pavor parecida a la de nuestro sargento.

Se comprenderá que en medio del humo nadie pudo saber de qué clase de animal se trataba, pero, al venir desde lo alto, se considera que fue un tipo de pájaro.

En lo que a mí concierne, con tantas explosiones y cargas de cañón sobre nuestras líneas, consideré inaceptable que el sargento expusiera de ese modo su integridad, aunque por esfuerzos que se hizo para hacerlo avanzar en el asalto, él prefirió disparar al cielo.

Nadie más lo vio sino hasta el término de la jornada, cuando en las inspecciones en busca de minas que no estallaron y de recuperación de objetos valiosos, sobre todo armas y municiones, una patrulla encontró su carabina y, dos metros adelante, cerca de una pila de cadáveres enemigos, su bota izquierda la cual tenía el pie adentro.

No hay más documentación que confirme el relato sobre este soldado chileno durante la toma del Morro de Arica. En los boletines de guerra, que publicaron notas hasta uno o dos meses después de ocurrida la hazaña, no es mencionado.

Con las fotografías, en cambio, asoman ciertas pistas. Son dos, para ser exactos, disponibles en sitios web dedicados al tema y cuya procedencia es desconocida.

La primera es un plano general del campo de batalla luego del izamiento del pabellón chileno. En su extremo inferior derecho asoma una pierna cortada con su respectivo botín —que por su forma, se

advierte, es una pierna izquierda. A simple vista no es lo importante de la fotografía y de seguro el detalle ha sido pasado por alto, pues la imagen busca dar cuenta del contexto: la bandera en la cima del morro y los soldados chilenos posando solemnes y victoriosos entre los cañones peruanos.

La segunda fotografía es un retrato de dos oficiales del Cuarto de Línea. Están de pie y con actitud serena, pese a que a pocos metros hay numerosos cadáveres enemigos y otros vestigios del combate, como una rueda de carreta, un burro de nacionalidad desconocida, cajones con pertrechos y variados objetos entre los cuales un observador atento podrá ver que hay una pierna derecha cortada a la altura de la rodilla. También su botín está intacto. A un costado de la imagen se distingue una breve anotación, escrita con una caligrafía cuidada pero desteñida con el tiempo. No todas las palabras son legibles, aunque de lo que se puede leer destaca una frase: *Nadie supo qué le pasó*.

Nada de esto importará cuando lleguemos a Lima

Los primeros en aparecer siempre eran los perros. En cada pueblo al que entramos al norte de Tacna, en cada villorrio perdido entre las quebradas o aldeas asomadas como manchones sobre la planicie, cualquier cosa con la que nos encontráramos rendido el último enemigo nunca ocurría antes de la bienvenida de los perros. A veces contábamos seis, contábamos diez y hasta veinte, pero luego la campaña iba tan avanzada y nosotros tan cansados que a nadie le importó saber cuántos eran los perros que nos salían al camino. Allí estaban y que vinieran nomás esos quiltros feos y flacos y esqueléticos y desnutridos y raquíticos, que vinieran los perros e hicieran lo que les diera gana, que ladraran como si fueran a desmayarse, que trataran de mordernos los calamorros con esos dientes amarillos y astillados porque no les iba a resultar, aunque entre tanta locura que les provocábamos, los perros se olvidaban de nosotros y comenzaban a pelear entre ellos y en esas peleas era que contábamos seis o diez y hasta veinte. Los perros levantaban una nube de polvo y aullaban como si los estuviesen carneando, pero entonces veíamos que se nos quedaba uno que otro montonero rezagado, uno que otro cholo solitario apuntándonos desde los murallones y no había tiempo para estar pendientes de los perros.

Habíamos subido por el mapa, matándonos y rematándonos en cada pueblo, cuando vimos los primeros caserones de Miraflores y por primera vez ningún perro salió a recibirnos. Antes que correr hacia nosotros levantando esa nube de polvo entre la que aparecían y desaparecían, todos los perros que nos vieron llegar al pueblo prefirieron quedarse allí donde estaban, tendidos a la sombra. En la extrañeza, algunos contaron seis, otros contaron diez y hasta veinte sin mayor diferencia: cada uno de esos quiltros nos miraba con los ojos bien abiertos y varios nos impresionamos por lo inmóviles que estaban allí arrejuntados, ninguno con la lengua afuera, ninguno moviendo su cola de plumero. Los perros de Miraflores se habían quedado paralizados ante nuestra llegada y más parecían una

colección de animales embalsamados.

Aquellas jornadas estuvieron llenas de acontecimientos bastante inesperados. Al menos así lo recordamos quienes pudimos volver a Chile al final de la guerra. Porque fue allí el primer lugar en toda la campaña donde tampoco encontramos montoneros a la entrada de las primeras calles ni a nadie que nos pusiera resistencia. En cualquier ocupación, la primera calle es la importante. Ayuda a situarse y provoca un efecto en el ánimo de los soldados: para bien en los que atacan y para mal en los que defienden.

Pensándolo mejor y para ser justo, en Miraflores fue diferente pues todo había sido resuelto antes por los primeros ejércitos y, decían, apenas en cuatro horas. Ellos nos dejaron el terreno limpio y siguieron su camino hacia los alrededores de Lima, en espera de nuestra llegada y de otras compañías para entrar juntos a la ciudad cuando recibiéramos la orden.

Visto así, se diría que ocupamos la plazoleta central como nunca ocupamos otras: sin contratiempos y en completo silencio. Unos decían que era muy raro. Otros decían que no lo era, pues la guerra en esa región estaba terminando y solo faltaba Lima y que se rindieran de una buena vez. Había también los que no decían nada y querían entrar a la gran ciudad, hacer lo que debían hacer y después que los subieran a un barco rumbo a Valparaíso.

Dejamos los bultos y vino la orden de nuestro capitán: preparar la docena de cañones Krupp que acarreábamos para abrir fuego contra todo tren que asomara en el horizonte, pues vendría uno lleno de soldados dispuestos a recuperar terreno. Esa era la información recibida y para eso nos teníamos que alistar.

La tropa se dividió. Mientras unos se dedicaron a los cañones, otros levantaron tiendas y las patrullas hicieron un primer recorrido por pasajes y callejones. Volvieron sin detectar nada sospechoso. Para ese minuto la artillería se había desplazado a la línea del tren, la cual estaba bastante cerca de nuestra ubicación, de modo que antes del atardecer teníamos los cañones instalados a pocos metros de una curva que tomaban las vías. Nada más era que asomara y hacíamos

saltar al tren por los cielos, pero esto no iba a ocurrir hasta cerca de las diez de la noche, aunque otros aseguran que fue a las once o bien a las doce cuando escuchamos un repique que hacía vibrar los rieles, a lo que se sumó una locomotora con un par de luces mortecinas instaladas como faroles. La imagen era bastante triste y aun así provocó comentarios ingeniosos entre los artilleros.

«Parece el tren fantasma», dijo uno y celebramos la ocurrencia con carcajadas. Tanta risa de seguro fue una manera de alivianar los nervios para cuando la máquina estuviese frente a nosotros y le descargáramos los cañones.

No sabíamos de cuántos carros podía ser el convoy. Algunos imaginaban cinco o diez o veinte y hasta veinticinco vagones y trataban de hacer operaciones matemáticas calculando con los dedos la cantidad de soldados que vendrían en cada uno.

Faltaban menos de cien metros para tener la máquina a tiro y todos se callaron. A Dios gracias que fue así, de lo contrario no se hubieran escuchado los gritos de nuestro capitán pidiendo no disparar, no disparar por la recresta grande, que acababan de avisar que en ese tren venía un grupo de diplomáticos de América y de Europa a parlamentar con nuestro general y si los matábamos se podía armar la guerra del mundo.

Minutos después los carros pasaron lentamente frente a nosotros, desmontamos las granadas y regresamos a la plaza. Muchos estaban decepcionados. Otros sentían alivio de no haber cometido un error grave. Otros no dijeron nada. Querían llegar a Lima y terminar rápido. Si tenían que disparar, disparaban. Si tenían que morirse, bueno, para qué demorar. Una bala certera, ojalá sin mucho dolor, y pensión para la viuda.

En las primeras horas de la madrugada se supo lo que había sucedido: tal como ocurrió en otras ciudades bajo nuestro control, el alcalde buscaba evitar la ocupación con el apoyo de dignatarios internacionales, pero esta vez nuestro general ni siquiera los recibió y debieron devolverse por donde habían venido. Lo mismo pasó al segundo intento, un par de horas más tarde, con la visita de un almirante italiano alojado en el Callao y, por último, con el propio

alcalde de Lima, de apellido Torrico, Tallarico o Tampico, quien llegó acompañado de seis o siete personas, entre ellos varios extranjeros de mejores ropas y aspecto que los diplomáticos del primer tren. Aunque lo que sorprendió no fue la habilidad del alcalde para buscarse aliados europeos, sino que el tren donde venía trajo dos carros llenos de soldados chilenos heridos que entregaba como muestra de su voluntad de paz.

La escena fue terrible. Como si no bastara con los heridos que ya acarreábamos, los nuevos venían amontonados como animales. Los pocos con fuerza para gritar o quejarse eran quienes tuvieron la suerte de haber sido puestos arriba de los demás. Los de abajo, en cambio, daban pocas señales de vida.

Todo el mundo debió colaborar para sacar a los heridos, mientras que en su tienda nuestro general comunicaba su última palabra al alcalde: rendición inmediata y entrega de la ciudad sin condiciones.

Los heridos que lograron reponerse confirmaron lo que se contaba desde mucho antes de nuestra llegada a Miraflores: que la situación en Lima estaba revuelta y nadie sabía qué íbamos a encontrar una vez que dieran la orden de marchar hasta allá; decían que la gente estaba asustada por el desgobierno, que los negros, los zambos y los chinos habían hecho saqueos al ver que el ejército era derrotado en mar y en tierra; contaron que grupos armados, a veces de hombres, a veces de hombres y mujeres, estaban dedicados al pillaje, al atropello y a las vilezas; que los comerciantes adinerados cerraron sus almacenes y la comida se hizo escasa, por lo tanto recibieron el castigo de la turba: fueron pateados, apaleados, ahogados, apuñalados, quemados y colgados por su mala actitud.

Al escuchar las noticias de Lima, muchos hubiéramos querido enfrentar a un nuevo ejército y no al caos de aquella ciudad grande y desconocida, llena de cholos que quizás qué esconderían entre sus ropas para tumbarnos de un solo golpe. Aunque antes de seguir especulando, mejor era atender a nuestros heridos que llegaron en el tren y que eran tantos que no hubo otra solución que acomodarlos en patios a la intemperie. Allí los médicos y enfermeros trabajaban doce

horas seguidas con tal de evitar la propagación de las fiebres gangrenosas.

El olor que salía de los patios se hizo insoportable, similar al que había en los cañaverales de las afueras del pueblo, donde por sorpresa al día siguiente se halló un gran desparramo de cadáveres y animales. Lo primero que encontró la patrulla de reconocimiento correspondía a un grupo de soldados peruanos muertos junto a civiles y campesinos. Sus cuerpos estaban allí, hinchándose a merced del picoteo de los pájaros carroñeros.

Nuestros camaradas pasaron mucho rato mirando a esos animales feos y greñudos que apenas si podían moverse. Para algunos eran jotes. Para otros eran gallinazos. Los que no sabían lo que era un jote ni un gallinazo, no tenían mejor opción que llamarlos buitres. Los pajarracos estaban con la barriga tan llena que de lejos parecían otra clase de animales. Y ni siquiera: parecían enanos gordos y vestidos de negro. Ese tipo de cosas pensaba la patrulla cuando de pronto salió de entre las grandes matas de vegetación un grupo de chinos, todos muy alegres y todos muy embarrados. Manejaban pocas palabras en español y por lo tanto fue gracias a señas que se supo que buscaban objetos de valor entre los vestidos de los finados. Los chinos, como buenos esclavos liberados y llenos de rencor, se quedaban con monedas, con algún diente de oro, cadenas y hasta con restos de munición que al final de la guerra mandarían a fundir para transformarlos en barras de metal que pensaban vender.

Antes habían hecho lo mismo con los zapatos de los muertos y juntaron tantos que levantaron un montículo de casi un metro de alto. Había toda clase de botines, alpargatas, pantuflas y chanclos. Un chino dijo que en la guerra, después de las armas, lo que más faltaba era el calzado.

Esa palabra ocupó:

«Mucha guerra, poco calzado».

Cuentan que uno de nuestra patrulla, al ver que sus botines estaban a punto de romperse, quiso renovarlos y tomó un par. Los olió, los revisó y cuando fue a probárselos los chinos comenzaron a gritar y a hacer muecas de espanto. No estaban molestos, no era que se negaran

a que uno de los nuestros renovara sus calamorros, sino que hacían gestos como si calzarse los zapatos de un muerto desconocido trajera una maldición. Al final, el soldado los dejó en el mismo lugar donde los había tomado y dio un paso atrás.

Nuestros hombres se empeñaron en parlamentar con aquel grupo. Querían saber con certeza qué había ocurrido para que en ese lugar hubiera, además de cadáveres militares, tantos cadáveres civiles. Los chinos dieron a entender, apoyando sus palabras con gestos y mímicas, que el degolladero ocurrió durante el desorden que provocó saber que nuestros primeros batallones se acercaban al pueblo. Ese momento ocuparon los chinos para sublevarse y armar la carnicería.

En síntesis: los chinos mataron a sus patrones y a las personas que estaban con ellos. Es probable que en medio del nerviosismo de la situación se hubieran sentido amenazados por los militares y procedieron a matarlos a ellos también. Los soldados peruanos que escaparon de los chinos se encontraron de frente con el ejército chileno o bien corrieron a perderse.

La patrulla recomendó a los chinos prender fuego a los cuerpos que ya habían revisado, pues estos llamaban a más moscas, más gallinazos y más pericotes de los que teníamos rondando al hospital a la intemperie. Dijeron cada palabra muy lento, con espíritu bastante didáctico, y una vez que el cabecilla pudo comprender el mensaje, este habló en su idioma a quienes lo secundaban y se corrió la voz hacia atrás. Entonces los chinos comenzaron a juntar ramas secas y a amontonarlas alrededor de los cuerpos no sin antes patear, escupir o echar maldiciones a los cadáveres que reconocían y con quienes conservaban asuntos pendientes quizás desde cuándo.

Lo último que dieron a entender los chinos fue que el consejo de incinerar los cuerpos también debíamos dárselo a los paisanos, pues ellos no habían sido los únicos que corrieron cuchillo, que lo mismo habían hecho los patrones con algunos negros, con algunos indios y hasta con ciertos vecinos, pues, al tener la sensación de que la guerra estaba perdida, a todo el mundo le habían dado ganas de matar a alguien.

Las hogueras ayudaron a espantar la nube de moscas que teníamos sobre nosotros. Pero a veces el humo era tan intenso que irritaba los ojos y quitaba el hambre con que siempre quedábamos tras el rancho. Se podría decir que lo único bueno de nuestro paso por Miraflores fue disfrutar del baño en sus acequias de aguas cristalinas y hondas. Era un paisaje que ya querría tener frente a sí cualquier pintor sensible a la naturaleza: un cauce que bajaba lentamente desde la cordillera y en su camino era bordeado por sauces, juncos y otras matas frondosas. El agua pasaba por las afueras del pueblo rumbo a una zona de terrazas de cultivo, seguía hacia Lima y después al mar.

La principal acequia asomaba a pocos metros de donde nuestra patrulla encontró a los chinos sublevados. Parecía un milagro que estuvieran allí esas aguas tan limpias y que pudiéramos tener la dicha de recostarnos a la sombra de los árboles, lanzarnos piqueros desde un peñasco levantado entre la vegetación o chapotear en grupo. Algunos se dieron dos y hasta tres baños de una sola pasada y su piel se hizo más blanca y su ánimo más sosegado.

Nuestro general tuvo a bien reducir al mínimo las tareas de la tropa. Salvo los turnos de guardia, nunca antes en toda la campaña hubo tanto tiempo libre. A la espera de marchar a Lima y enfrentarnos quién sabía con qué clase de peligros, sentimos aquellas horas de ocio como un premio. Y nos habríamos quedado retozando semanas completas en esas aguas si no hubiese sucedido lo que sucedió la tercera noche en Miraflores, cuando un cabo que dormía en nuestra carpa se despertó de un retorcijón que le apretaba las telas del estómago. El pobre desgraciado salió haciendo gran ruido hasta caer doblado de dolor. Tratamos de asistirlo, pero hizo un gesto para que nos alejáramos pues le subía un vómito poderoso que terminó en un charco a su alrededor. Luego de vaciarse, el cabo dijo cosas que nadie entendió y acto seguido se desmayó. De inmediato lo tomamos para llevarlo a la enfermería y grande fue la sorpresa cuando vimos que allí había cuatro granaderos aquejados de los mismos síntomas.

A la mañana siguiente los médicos se reunieron con nuestros comandantes y los encargados de la cocinería. Hubo preguntas sobre los alimentos y llamados de atención por la falta de higiene en

determinadas situaciones, aunque sin llegar a ninguna certeza. Lo único claro era que los cinco enfermos de esa noche se habían transformado en doce y antes del mediodía bordeaban los veinte, todos afectados de cólicos y diarreas largas y sonoras las cuales causaban deshidratación, fiebre y alucinaciones a los más debilitados. A esos los pusieron en carpas alejadas, para que no alarmaran a la tropa cuando en sus desvaríos aseguraban ver senderos luminosos trazados en el cielo, marcas llenas de puntos que cruzaban la bóveda de extremo a extremo. Incluso uno llegó a anunciar que vendría a atacarnos un ejército de esqueletos. Se había logrado levantar de la camilla y gesticulaba como un endiablado y lanzaba risotadas siniestras. Decía que un batallón de soldados de hueso marchaba hacia el campamento, que escuchaba sus pasos retumbar a lo lejos. Después habló de animales desconocidos que se alimentarían de nuestros cadáveres derrotados, algunos tan grandes como un elefante y peligrosos como un cocodrilo. Así deliraba hasta que cayó aturdido.

La agitación de los envenenados atrajo a los perros del pueblo, lo cual no había ocurrido en el tiempo que llevábamos instalados en la plaza y sus alrededores. Pero los perros no ladraron. Miraban las carpas desde donde venía el bullicio tal como cuando nos vieron llegar. Eso rompió la paciencia de los centinelas que los espantaron disparando al bulto. Los perros corrieron a perderse envueltos en una nube de polvo de la que aparecían y desaparecían. Y corrieron tanto y tan lejos que hasta el día en que nos encaminamos a Lima nadie los vio más.

«Es como si los hubiera tragado el cerro», dijo uno.

La mala condición de los enfermos hizo crecer la inquietud, por lo que al cabo de unas horas, insistencia del jefe de ambulancias mediante, nuestro capitán ordenó que una patrulla revisara las acequias. Con ellos fueron dos médicos, pues se temía que el agua hubiera sido envenenada por las propias gentes antes de huir o bien por la presencia de algún elemento dañino, como ciertos minerales que abundan en el desierto. Así había ocurrido en la desembocadura del río Loa: un destacamento de exploradores cayó fulminado al alimentarse de los camarones de sus aguas como recompensa tras un

día de caminata.

Pero nada de eso encontró nuestra cuadrilla. Al menos no a primera vista, pues fue al inspeccionar el contorno de los canales y avanzar por una zona legamosa, llena de vegetación alta y enmarañada, que el grupo halló el primer cuerpo: estaba boca abajo y bastante hinchado. Dos metros más allá se toparon con el segundo y el tercero y el cuarto y el quinto y el sexto. Estaban desnudos y uno que otro conservaba en sus brazos las ajorcas donde les ponían las cadenas, aunque nadie tenía la certeza de que fuesen esclavos.

La cuadrilla continuó avanzando entre el fango. Caminaba dos pasos y encontraba un cadáver, caminaba tres y encontraba otro. Así, llegó a la acequia más grande, la misma donde nos habíamos bañado con tanto gozo sin saber que a pocos metros, entre las plantas y los matorrales, había una decena de fondeados que empezaban a deshacerse en el agua.

El grupo salió a toda prisa. Algunos trastabillaron con piedras asomadas entre la vegetación y se fueron de bruces al lodo, pero se pusieron de pie y corrieron a dar la noticia: la tropa se había estado bañando en un caldo de muertos.

Nadie quería siquiera imaginar qué iba a decir nuestro capitán al saber la noticia, pero los que esperaban la peor de sus furias se equivocaron. Cuentan que una vez que los médicos terminaron de hablar, este se quedó con los ojos muy abiertos y susurró que cómo era posible, que cómo chuchas era posible que nadie se diera cuenta, y luego dijo algo que hizo reír a los oficiales que lo acompañaban y las risas también contagiaron a los médicos.

Al final, aún con la vista nublada por las lágrimas de tanta carcajada, nuestro capitán autorizó una ración doble de aguardiente a cada enfermo.

«Para que los bichos que tienen pegados a las tripas se les mueran bien muertos», dijo.

«Eso y una raspadura de carbón por cabeza», añadió uno de los médicos. «Que coman carbón hasta que los dientes les queden negros».

Los doctores visitaron a los soldados y les contaron lo que se

encontró en la acequia. Muchos volvieron a vomitar, pero ese vómito fue el último. El carbón, el aguardiente y la comida para afirmarles las telas de la panza hicieron su efecto.

Esa tarde llegó a visitarlos nuestro general. Dicen que al ser informado de la situación, él abrió los ojos impresionado y también hizo un comentario jocoso que causó risotadas, pero al momento de saludar a los enfermos mantuvo la compostura acorde a su rango y les preguntó uno a uno cómo se encontraban. Ellos contestaron que bastante mejor y él dijo que menos mal porque al día siguiente, a primera hora, comenzaría la marcha hacia Lima y más valía que estuvieran buenos y sanos, porque allá sí que nadie sabía con qué diablos nos íbamos a encontrar.

Biografía de un campeón de lucha

Alonso Grillo fue uno de los primeros campeones de lucha libre de Sudamérica. Y si bien el contexto en que se le atribuye el mérito está rodeado de hechos azarosos y extravagantes, marcados todos por el comienzo de la Guerra del Pacífico, el valor de su actividad como deportista antes que como soldado del ejército boliviano, es resaltado con justicia por ciertos historiadores nortinos. Uno de ellos es Isaac Arce, autor de *Narraciones históricas de Antofagasta*, libro fundamental para conocer el pasado de una ciudad que luego de diez años de notable desarrollo industrial y comercial, impulsado siempre por inmigrantes, pasó a dominio chileno.

Según el historiador, Alonso Grillo nació en Macha, localidad campesina ubicada en los valles al norte de Potosí, en julio de 1858 y falleció en Calama el 23 de marzo de 1879, al término de la batalla de Topáter, conocida como el primer enfrentamiento armado entre chilenos y bolivianos. Alonso Grillo había llegado hasta allí procedente de Antofagasta, puerto desde donde fue expulsado junto a otros militares tras la ocupación de las fuerzas chilenas el 14 de febrero de ese año.

El inicio de la guerra y lo sucedido en Calama opacan el aporte de Grillo como deportista en una época en que esta actividad resultaba más bien exótica; sin embargo, Arce se empeña en destacar su figura: *Fue uno de los 27 muertos que hubo al final de la jornada. Por las circunstancias en que ocurrió el deceso, además de otros incidentes acontecidos en las calles de la ciudad, no es posible determinar si su cuerpo está dentro de la fosa adonde fueron llevados los caídos*.

El nombre de Alonso Grillo aparece también en media decena de obras publicadas en Bolivia que describen aquel primer episodio armado la guerra. Pero, a diferencia de la documentación ofrecida por Arce, estas refieren a la generalidad de lo ocurrido en Topáter, por lo cual su nombre se diluye dentro de la lista de muertos en combate.

Alonso Grillo fue el hijo menor de una familia de doce hermanos. Su padre era un líder comunal reconocido por su espíritu bélico. Él le

hablaba del protagonismo de sus antepasados en las rebeliones indígenas que alentaron la independencia boliviana, y también de la bravura con que en sus años de juventud el viejo Grillo se sumó al Tinku, aquella festividad campesina que busca la armonía de la comunidad de un modo eficaz: los vecinos establecen un día del año para que quien necesite arreglar cuentas con alguien, lo haga, que pelee a puño limpio, que se dé el gusto y viva el resto del año en paz y armonía.

De su padre, Alonso Grillo además heredó un porte y una contextura muy por sobre la media de los jóvenes de Macha. Esta se hacía evidente en la fuerza de sus brazos y en el tamaño de sus manos, tan grandes que con una podía tomar una calabaza mediana sin mayor esfuerzo.

En los cinco años en que participó en el Tinku antes de integrarse a las patrullas camineras de la guarnición de Potosí, Alonso Grillo siempre usó una faja de lana roja al cinto y polainas con pompones amarillos. Vestido así fue que fracturó cuatro narices, arrancó nueve dientes y dejó sin respiración a tres contendores. Todos se desplomaron ante él con una mueca fatal.

A medida que se hizo conocido como luchador, sus contrincantes en el Tinku fueron aumentando de edad y peso. A los dieciocho años Grillo se enfrentaba con hombres de treinta. Así supo lo que eran los cortes en las cejas, los ojos entintados, los esguinces de tobillo, los dedos torcidos y los codazos que estuvieron a poco de desencajarle la mandíbula. Hasta que un día anunció que no peleaba más porque su deseo era entrar al ejército de la nación.

Alonso Grillo llegó a Antofagasta en octubre de 1878 junto a una cuadrilla de diez soldados destinada a reforzar el destacamento local. En el puerto se habían instalado varias empresas extranjeras, con el consecuente aumento de la población, de manera que la prefectura necesitaba un contingente mayor y mejor capacitado para cumplir sus funciones. Los uniformados venían a efectuar labores policiales, de gendarmería, patrullaje costero, aduana y cualquiera que hiciera falta.

Su familia no tomó a bien que Alonso se fuera a la milicia ni menos

después a la costa. Si bien las noticias oficiales hablaban del progreso del puerto, en el caso de los diarios era distinto: estos daban cobertura a algunos sucesos policiales que alteraban la convivencia entre los inmigrantes. Antofagasta se había convertido en un foco que congregaba diversas culturas, lenguas y nacionalidades, por lo tanto las tensiones eran inevitables, sobre todo las noches de fin de semana. Le dijeron que no fuera, que era un lugar lejano, peligroso y, al final, que tendría pocas posibilidades de subir de grado si se alejaba de La Paz. Él respondió con un argumento que no tuvo réplica: un Grillo no debía temerle a nada, y si era necesario ir a la costa para probarse como soldado, entonces debía ir.

Había pasado recién una semana de llegado cuando parte del nuevo destacamento tuvo su bautizo en el puerto. Fue al término de una fiesta particular organizada en la maestranza del alemán Udo Henkell, cuyos invitados los enfrentaron en una riña de proporciones. No hay certeza del modo como se inició la gresca. Consta en la prefectura del litoral que cuatro soldados se presentaron al domicilio para solicitar un comportamiento más decoroso considerando dos aspectos: primero, el bullicio a las altas horas de la madrugada y, segundo, porque este bullicio no solo afectaba el sueño de los vecinos, también el de los internos del Hospital del Salvador, ubicado a pocos metros de la maestranza.

La proporción entre los enviados de la guarnición y los invitados de Henkell era de uno a tres, por lo que apenas pudieron defenderse de la andanada de puñetazos y patadas que les vino encima. De los cuatro soldados que llegaron esa noche a la casa del alemán, tres pudieron escapar, mientras que el último trastabilló y recibió la peor parte.

Aquel soldado era Alonso Grillo.

Quienes vieron lo ocurrido dicen que luego de soportar la paliza, este logró levantarse tambaleando como un resucitado, con los labios rotos, un corte en el mentón y otro en la oreja derecha, y que en vez de correr a perderse, desafió a quienes le habían golpeado ofreciéndoles sus puños.

Nadie pudo comprobar lo que ocurrió después. Algunos aseguraban

que Grillo se habría salvado de milagro de morir por la nueva pateadura que le propinaron; en cambio otros, y con la única certeza de lo visto a través de las cortinas de sus ventanas, dijeron que no ocurrió nada de eso, pues ninguno de los amigos de Henkell, por furioso y bebido que estuviera, se atrevió a dar un paso al frente y simplemente lo vieron darse media vuelta y caminar hasta la Plaza de Colón. Allí Grillo se sentó en un escaño a esperar a que amaneciera.

La pelea afuera de la maestranza de Udo Henkell fue comentario en el puerto. No faltó quien agregaba detalles de su propia cosecha o exageraba el instante en que nadie quiso plantarse frente a Grillo. Entre todos, quien más mostró interés por lo que se hablaba fue el andaluz Manolo Zamorano, conocido por recorrer el litoral montando toda clase de negocios, los cuales una vez que lograba hacerlos rentables, los vendía a buen precio. Con el dinero, Zamorano se cambiaba de ciudad y echaba a andar nuevas ideas. Así, decían, se la había pasado los últimos diez años.

El español no era muy querido entre los comerciantes alemanes e ingleses. Lo consideraban un zorro que, como buena parte de los españoles llegados a esa parte de América, no habían traído más que trucos, enfermedades y en una religión castigadora. Zamorano daba todas las semanas un puñado de monedas a la colecta para la construcción de la primera iglesia local y eso a los otros europeos les parecía el colmo. Además, no podían aceptar que esa «francesa excelente», como se referían a su mujer, se hubiera fijado en él y, peor, aceptado acompañarlo en sus aventuras.

«Ese tipo es una rata. Tiene la mirada de las ratas».

Alonso Grillo conocía a Manolo Zamorano por la chingana que este regentaba al final de la Calle de Sucre. Pese a que no habían cruzado más que saludos, las historias que Grillo escuchó de Zamorano siempre terminaban en Marie Sabouret, su esposa de un metro ochenta de altura, blanca, pecosa, de caderas anchas, piernas gruesas y cabello rubio tan largo y liso que le llegaba hasta la cintura. Marie despertaba miradas libidinosas en los soldados. Muchos hablaban horas de aquella mujer grande y fuerte como un caballo, pero cada vez que la tenían en frente se hacían a un lado, intimidados por su

figura. El más alto de la guarnición le llegaba al hombro.

El día cuando Zamorano se acercó a hablarle, precisamente iba acompañado por Marie. Ella era el mejor pretexto para que Grillo le diera unos minutos de atención mientras hacía guardia en la puerta de la recova.

«Hemos sabido lo que le ocurrió, Alonso. Y sepa que nos ha sorprendido su valentía».

Grillo lo miró intrigado. Fue apenas un segundo, pues de pronto fue incapaz de quitarle los ojos de encima a su mujer. La francesa permanecía a un costado, enfundada en un vestido blanco y liviano que el viento de Calle de Lamar se encargaba de apegarle al cuerpo con descaro.

«Gracias, señor», atinó a decir.

«Un hombre como usted no debiera estar en el ejército. Usted debiera ser un luchador profesional, un atleta, un campeón».

«Un deportista», agregó ella.

El halago le hizo bajar la mirada. Grillo estaba ruborizado y se limitó a sonreír.

«Yo soy soldado. No sé a qué se refieren con *deportista*».

«Hablamos de un asunto que puede darle mucho dinero». Zamorano hizo una pausa y se le acercó como si fuese a contarle un secreto: «Combates, mi estimado, combates pagados a buen precio. El deporte de la lucha cuerpo a cuerpo, le digo. La tradición guerrera de los imperios y las culturas en este puerto... gracias a usted».

«Mucho dinero», añadió la francesa.

«Por algo que hace muy bien. Diez bolivianos por cada hombre que deje en el suelo. Eso le propongo. Y cinco cuando lo derroten. Aunque estoy seguro de que usted podrá vencer a cualquiera».

Grillo hubiera querido negarse de inmediato, apelando a su juramento de soldado, pero Zamorano no lo dejaba hablar.

«Será en mi local y muy discreto, si es que le preocupan sus superiores. No sabrán que es usted. Con una máscara nadie podrá reconocerlo. Tiene nuestra palabra».

Grillo estaba perplejo. Mientras oía al andaluz, recordaba las batallas campales del Tinku, los puñetazos dados y recibidos, las

miradas de orgullo que le dedicaba su familia cuando terminaba de azotar a sus contrincantes. Como si toda la gente que deambulaba a esa hora de la mañana por Calle de Lamar lo vitorease con estruendo, no fue necesaria otra arenga.

«Que sean quince bolivianos por victoria, diez por derrota y mucha discreción», dijo. «Me arrestarían si alguien se entera».

Zamorano le extendió una mano para cerrar el trato.

«Será un éxito».

«¿Qué edad tiene usted?», preguntó Marie Sabouret.

«Veinte años», respondió Grillo.

«¡Perfecto!», exclamó Zamorano. «Lleno de fortaleza y vigor. Lo convertiremos en un campeón».

«Usted es muy saludable», agregó Marie con ojos centellantes.

Pasó una semana antes de que Grillo y Zamorano volvieran a verse. Durante ese lapso el español había trabajado en lo necesario para echar a andar el negocio, y aquello culminó el día en que se reunieron para que Grillo recibiera su máscara de luchador: una cogulla hecha de cuero de oveja teñida de amarillo y cosida con hilo grueso. Si bien le costó acostumbrarse —las costuras interiores le raspaban las orejas y debió ablandarlas a martillazos—, bastó mirarse una vez en el espejo que le pusieron delante para que el entusiasmo se transformara en un frenesí que no vivía en mucho tiempo.

La primera pelea fue promovida solo entre los clientes habituales de la chingana de Zamorano, quienes esa tarde de domingo fueron conducidos por la francesa a un patio de arena. Allí se había delineado un círculo de cal en el centro. No había graderías ni asientos de ninguna especie, de modo que la veintena de asistentes, provistos de jarrones de chicha y botellas de cerveza, se apretujaron en torno a la línea demarcada.

Al cabo de unos minutos, Manolo Zamorano se abrió paso y presentó al primero de los contendores. Desde uno de los dos biombos dispuestos en esquinas opuestas del patio, apareció un hombre rechoncho vestido con un overol y cubierto con una capucha de género negro. Lo presentaron como El Horror Venezolano, pues se

trataba de un mestizo caraqueño llegado hacía poco al litoral y que hasta ese momento trabajaba en faenas de carga y descarga en el muelle. La ovación vino de inmediato. El público gritaba y aplaudía al luchador que hacía torceduras de cogote a gallinas imaginarias, lanzaba puntapiés al aire y otros ademanes. Zamorano no podía ocultar su satisfacción por lo que llamó «el nacimiento del gran deporte antofagastino, el principio de una nueva entretención para alegría de los hombres de la costa». Posteriormente dijo que en esa jornada se disputaría el primer título regional de lucha.

Detrás del otro biombo estaba Alonso Grillo. Sentado en una silla, miraba por un resquicio el alboroto que había afuera y ni se enteró del anuncio que había hecho Zamorano. Más le interesaba saber con quién se enfrentaría, pues los organizadores se habían negado a darle cualquier clase de información antes de tiempo. Apelaron a que su contendor, como él, estaba al tanto de lo elemental: luchar usando únicamente las manos o las piernas y, por ningún motivo, desenmascarar al rival.

«De discreción hablamos, Alonso, y discretos hemos de ser», sentenció Zamorano, quien le dijo que su nombre como luchador haría alusión a su procedencia, aunque de modo bastante ambiguo para no despertar sospechas.

Minutos después Marie Sabouret entró a verlo.

Estaban solos detrás del biombo.

«¿Está listo usted?», preguntó ella.

Grillo asintió.

«Espere el anuncio para salir…», le indicó y luego se acercó para hablarle al oído con delicadeza: «*Si tu gagnes, te vais te la sucer… je vais mettre dans ma bouche ton gros machin, ce gros animal que tu dois avoir là, en bas, et qui pendouille avec ces boules poilues et pleines de lait*…».[1*]

Grillo no entendió nada de lo que le dijo Marie, pero de todos modos quedó paralizado. Mientras le hablaba, la francesa había posado su mano en la entrepierna y se la apretó con fuerza. Eso bastó para que al menos intuyera su mensaje.

«Mátalo», fue lo último que escuchó de la mujer antes de saltar al círculo de arena. Esa tarde, ante la admiración de los presentes,

Alonso Grillo fue anunciado como El Espanto que Vino de la Sierra.

La algarabía que originó su entrada fue lo único que aplacó las palpitaciones que Grillo tuvo bajo el pantalón. Por un momento dudó si la intención de Marie era cierta o había sido producto de su imaginación inflamada por la adrenalina. De lo que sí estaba seguro fue de que por un instante, toda la sangre de su cuerpo se irrigó a la entrepierna y eso lo hizo sentir poderoso, imbatible.

Enfundado en su máscara de luchador, Grillo vio que los rostros desencajados por el alcohol se multiplicaban a su alrededor, mientras que al frente su contrincante le ofrecía llaves y puñetazos. Zamorano con sus ayudantes hacían lo posible por calmar a la concurrencia. Tras varios intentos, por fin el andaluz pudo lograr un minuto de atención.

«¡Se abren las apuestas!», anunció y la veintena de hombres agolpados extendió sus manos con el dinero, indicando su preferido. Contrario a lo que esperaba, nadie tuvo excesiva predilección por Grillo. El Espanto que Vino de la Sierra superaba por nueve bolivianos a El Horror Venezolano.

El combate se inició con el doble tañido de una campana abollada que poco se escuchó entre la bullanga. El venezolano tomó la iniciativa y lanzó un patadón sorpresivo que hizo caer a Grillo, quien al desplomarse se llevó a tierra a dos espectadores. Con el contrincante encima, solo atinó a protegerse la cabeza de los puñetazos que recibió antes de sentir que la vista se le nublaba. Todos creyeron en la victoria del venezolano, pero Grillo logró tomarle una pierna y sacárselo de encima para volver a ponerse de pie. Aquello duró poco y ambos cayeron otra vez al suelo. A cada tanto intentaban azotarse la cabeza con trabajosas contorsiones. Alonso estaba mareado y tuvo ganas de vomitar cuando se levantó. Su rival hizo lo propio segundos más tarde. La algarabía del público amenazó con desbordar el círculo en la arena cuando los contendores comenzaron a pelear a puñetazos. Así estuvieron hasta que en un momento de descuido del venezolano, Grillo hizo una rápida pirueta para barrerlo con las dos piernas. El contrincante cayó de espalda y su cabeza rebotó contra el suelo. Sin darle tiempo a que se incorporara, Grillo le descargó dos puñetazos en el estómago que lo dejaron sin aire. Cuentan que el

hombre ni siquiera pudo levantar la mano acusando su derrota, pues antes recibió un rodillazo en la frente con lo que terminó la pelea.

Manolo Zamorano y su esposa entraron al círculo en medio de la ovación y se acercaron al ganador. Después de que el español dijera algunas palabras que nadie escuchó, la francesa le colgó al cuello un medallón platinado y sostenido con una cinta roja.

Alonso Grillo se convertía así en el primer campeón regional de lucha.

El fervor que causó la primera pelea se prolongó a las siguientes jornadas. En especial por la manera como Grillo había terminado con el venezolano y con los contendores siguientes: un luchador llamado El Depredador del Monte, a quien derribó con tres puñetazos rápidos, y al Señor del Miedo, que le dio un poco más de trabajo pero al final acabó levantándolo para lanzarlo sobre la concurrencia que había apostado por él.

Los luchadores se habían multiplicado. El dinero por victoria obtenida aumentó y cada fin de semana hubo al menos dos combates. Así fue como todos quisieron saber qué podía ocurrir entre quienes, se decía, eran los dos mejores que habían pasado por el círculo de arena: El Espanto que Vino de la Sierra y otro conocido como El Cataclismo de la Costa, el cual había peleado dos veces y en ambas terminó con sus oponentes en menos de un minuto. Manolo Zamorano estuvo de acuerdo con la petición de los apostadores y anunció que pronto habría una nueva disputa de la medalla de campeón. Habló con Grillo y este aceptó sin inconvenientes el desafío.

Mucho se especulaba sobre la identidad de El Cataclismo de la Costa. Aunque Zamorano se negaba a entregar cualquier seña, decían que se trataba de un trabajador de los hermanos Salomón y Mohammad Yussef, dos egipcios que llevaban seis meses instalados en Antofagasta con una distribuidora de aceite y condimentos.

Desde el principio el negocio de los hermanos Yussef había despertado comentarios insidiosos. En vista de su éxito, empezó a

rumorearse que era una pantalla para encubrir el contrabando de explosivos hacia los enclaves mineros clandestinos. Eso nunca se pudo comprobar. Lo único cierto fue que la bodega creció de tal modo que tuvieron ganancias suficientes para viajar al Perú a comprar la libertad de cinco esclavos negros. Uno de ellos, de dos metros y cien kilos de peso, sospechaban los apostadores, podía ser El Cataclismo de la Costa.

Alonso Grillo lo había visto pelear y consideró que era un rival de cuidado. Pero no más que eso. Si bien cada vez que logró apresar a sus rivales los azotó con tal violencia que terminaron escupiendo varios dientes, su estatura y corpulencia le restaban agilidad. El boliviano confiaba en que podía derrotarlo y, además del dinero, tener nuevamente el premio de la francesa. Así había ocurrido luego de cada combate: mientras Zamorano contaba el dinero de la recaudación encerrado en su pequeña oficina, Marie, con la excusa de hacerle curaciones, iba al biombo donde Grillo se recuperaba sentado en una banca y cumplía su palabra con esmero.

Eran días felices para el soldado de la guarnición del litoral. Hacía su trabajo sin gran sobresalto y cada fin de semana era premiado por una mujer admirada en el puerto. Además, cuando volviera a Macha, lo haría con suficiente dinero para construir su casa propia.

Una noche, Grillo se durmió imaginando que la francesa aceptaba irse con él.

El primero en entrar al círculo de arena fue El Cataclismo de la Costa. Lo hizo con su habitual máscara roja y saludando con los puños en alto a los apostadores. Ellos lo recibieron con vítores y le mostraban fardos de billetes para alentarlo a la victoria.

En su biombo, mientras, Grillo terminaba de engrasarse las manos. Tal como ocurrió al comienzo, Marie Sabouret estaba allí para indicarle el momento de salir, no sin antes ponerle una mano en la entrepierna. Aunque, en vista del peso del contrincante, Grillo se detuvo un momento antes de cruzar la abertura de la cortina.

«¿Gane o pierda?», le preguntó.

La francesa lo miró con una sonrisa confiada y asintió.

Alonso Grillo entró a la arena levantando los brazos con determinación. Fue recibido con estruendo y él respondió con reverencias. Días antes había practicado algunos movimientos para evitar ser apresado por su rival. Así, pensaba, era la manera de vencerlo: evitando con toda la agilidad posible que el mastodonte lograra retenerlo como a los otros contendores.

Se cursaron las apuestas y Zamorano dio el inicio al combate con la campana. De inmediato Grillo comenzó a moverse en círculos mientras El Cataclismo de la Costa permanecía en el centro. Los abucheos no se hicieron esperar y por primera vez en su vida el boliviano escuchó que alguien lo llamaba «cobarde». Tanta fue su impresión que por un segundo se desentendió de todo y encaró al público. Fue eso: un giro y un pestañeo que le costó caro, pues ni bien se volteó hacia su contrincante, Grillo recibió un puñetazo que lo hizo caer como un muñeco. Tuvo tiempo de levantarse y como pudo lanzó dos golpes que su rival esquivó de manera elegante, como si tomara fuerzas para descargar una andanada con sus manos de oso.

Los apostadores más cercanos al círculo de combate contaron cinco ganchos que Grillo recibió directo en las costillas y que sonaron como suena un trozo de carne ablandado a golpes en el matadero. Así terminó el combate. El Espanto que Vino de la Sierra era derrotado en menos de un minuto y perdía su medalla de campeón.

Alonso Grillo despertó diez minutos después. Abrió los ojos y lo primero que vio fue la tela del biombo. No había nadie con él. Esperó un momento hasta regular su respiración agitada y se levantó. Sentía dolor en la frente y en la mandíbula. Se tocó uno a uno sus dientes con el índice derecho. Notó dos bastante sueltos. Cerró los ojos y trató de recordar lo que había pasado, aunque antes escuchó la voz de Manolo Zamorano. Desde un resquicio del biombo, Grillo vio al español sentado frente a una mesa cerca del círculo de arena. Lo rodeaba un grupo de apostadores con quienes arreglaba cuentas. Eran tantos que Zamorano no pudo recibirlos en su oficina y por eso se instaló afuera.

Detrás del español estaba Marie. Confundida entre el tumulto, la

francesa conversaba con un africano enorme. Supuso que ese tipo era con quien acababa de pelear. El negro se acercaba a la francesa para decirle cosas al oído que la hacían reír. Grillo se enfureció. No tuvo energía para nada más.

Aquella fue su última participación en los combates de Manolo Zamorano. El español le pagó lo que habían acordado pese a la derrota y él guardó el dinero dentro de un estuche de paño que manejaba entre sus objetos personales en la guarnición. Había juntado cien pesos bolivianos.

Pero el dinero no lo consolaba. Hasta el día en que las tropas chilenas desembarcaron en Antofagasta, Grillo solo pudo conversar en dos oportunidades con Marie Sabouret. Fueron encuentros fortuitos en la recova. En el primero, la francesa se desentendió de la promesa que le había hecho ganara o perdiera. Incluso se diría que lo dejó hablando solo en medio de un pasillo atestado de comerciantes bulliciosos. En el segundo, en cambio, le hizo saber con señas que ella no hablaba ni entendía español.

La mañana del 14 de febrero de 1879, Manolo Zamorano y Marie Sabouret no salieron de su casa. Temían quedar en medio del tiroteo entre chilenos y bolivianos del que mucho se anunció y nunca llegó a ocurrir por más que la rada estuviese ocupada por barcos de guerra venidos del sur. De hecho, los acontecimientos fueron bastante menos espectaculares: a las ocho de la mañana, un batallón al mando de un coronel de apellido Sotomayor desembarcó en el muelle y, pese al rumor de que el militar había llegado con un imprevisto de salud, se hizo cargo de la ciudad.

El español y la francesa se asomaron a la calle recién cuatro días más tarde. De lo primero que se enteraron fue que los soldados de la prefectura, en vez de entregarse a las nuevas autoridades, prefirieron abandonar el puerto y caminar por el desierto rumbo a Calama. Fue una caravana de treinta hombres y ocho mulas que enfiló en silencio hacia la salida norte de Antofagasta.

Cuando escuchó la noticia, Marie pensó un momento en Grillo. Lo imaginó arrastrando los pies por un valle de tierra bajo un sol infernal,

pero luego su marido le dijo algo y ella se olvidó por completo del asunto.

Los soldados bolivianos llegaron a Calama la mañana del 19 de febrero. Venían extenuados y fueron recibidos como héroes. Un pequeño orfeón los agasajó en la plaza esa misma tarde en compañía de las autoridades locales. Hubo un brindis y comida. Ellos narraron con detalle lo que había ocurrido en Antofagasta, hablaron del batallón que desembarcó en el muelle, de los festejos de los chilenos y de la bandera de la prefectura que había sido rescatada por una muchacha llamada Genoveva Ríos. Ella la guardó entre sus ropas para que no la rompieran como lo habían hecho con el escudo, sobre el cual los chilenos incluso bailaron cueca.

Escuchar estas noticias generó tal indignación en los calameños que casi no prestaron atención cuando los soldados contaron los pormenores del viaje por el desierto, de la suerte que tuvieron al segundo día, cuando a poco de terminarse las reservas de agua hallaron un pequeño campamento minero donde consiguieron abastecerse mediante el trueque —a razón de un fusil por cada galón de tres litros— o bien del sacrificio de una mula para alimentarse a contar de la tercera jornada.

Lo último que dijeron los recién llegados fue que los chilenos vendrían a Calama y que la ciudad debía alistarse para combatir, que había que prepararse con barricadas y trincheras de saco, pues eran bravos y eran muchos.

Faltaban pocos días para la batalla de Topáter.

La caballería chilena que atacó Calama se dividió en dos. Mientras un destacamento iba de frente, otro bordeó la ciudad para impedir la retirada. El primero fue recibido con un tiroteo a campo abierto que obligó a los hombres del coronel Sotomayor a echar pie a tierra y avanzar con cautela hasta que la resistencia boliviana comenzó a debilitarse. Cuentan que Alonso Grillo hizo seis o siete disparos antes de caer herido en una pierna. La bala le hizo estallar la rodilla izquierda y sintió un dolor como nunca antes había sentido en ninguna de las palizas que recibió durante su vida. Ni siquiera pudo

cerrar los ojos y la boca se le quedó abierta como lo hacen los grandes animales cuando saben que van a morir.

Aunque la sangre salía a borbotones de su herida y se apozaba en la tierra donde había caído de costado, cuentan que Grillo no quiso que lo atendieran. Al contrario: comenzó a vociferar y a ofrecer los puños a los enemigos que pasaban por su lado. Desde el suelo los invitaba a pelear a mano limpia, uno a uno y sin armas, hasta que fue perdiendo las fuerzas. Cuando sus últimos camaradas se rindieron, un grupo de vecinos lo llevó a un puesto de enfermería chileno recién instalado cerca de la guarnición. Allí lo visitó el comandante Eleuterio Ramírez, quien dirigía el traslado de los prisioneros recién capturados a un lugar seguro. Fue luego de hablar con él que Grillo logró serenarse y permitió que le aplicaran un torniquete. El médico que se hizo cargo lo intentó de varios modos, hasta quedar con las manos y el uniforme manchados por completo. Pero no hubo caso. Alonso Grillo murió al atardecer.

Allá en el norte hay una guerra

Haroldo Krebs partió a la guerra cuando era alumno de una academia de música en La Serena. Hay una foto que lo muestra con sus compañeros. Tienen la misma estatura y llevan la misma ropa: pantalón negro y camisa blanca. Son, en efecto, una banda de músicos. Lo que cambia son los instrumentos con los que posan: trompetas, violines, tambores, platillos, guitarras, flautas. Krebs viajó al norte a comienzos de la primavera de 1879 y no regresó a Chile sino entrado el verano de 1881.

De esos años en el frente de batalla también hay una foto, aunque no es de carácter bélico: Krebs está en algún lugar de Lima acompañado de dos chicas peruanas y de un cabo de su misma sección. Ellas son guapas y están bien vestidas. Mucho mejor que los soldados. Si se mira con atención, cualquiera podría apostar que ellos no tienen ninguna chance. Sus uniformes les quedan cortos. Al menos de las mangas. Además se ven percudidos. No hay marcas de tierra ni de otra clase de suciedad. Por lo mismo su desgaste se acentúa.

Krebs regresó a La Serena junto a una decena de soldados, varios de los cuales siguieron camino a Ovalle y a otros pueblos del interior. Para entonces se había acabado la bienvenida y los festejos a los héroes de la Campaña de Lima. Los jóvenes de la ciudad que se enrolaron en el ejército y volvieron al término de esa etapa recibieron homenajes como pocos hechos antes en La Serena. Hubo mucho bullicio, mucho discurso, mucha gratitud y emoción. Pero luego se impuso la indiferencia. La guerra era allá lejos, en el norte, y la ciudad tenía otras preocupaciones. Por eso algunos pensaban que era ridículo que Krebs volviera tan rezagado. Por qué mejor, decían, no se había quedado para las batallas en la sierra. Los pocos que se interesaban en la guerra especulaban sobre lo que estaba por venir y que sería más feroz que lo conocido hasta ese momento.

Al comienzo, Krebs no quería hablar de sus historias en Perú, pero sintió la necesidad de hacerlo y nadie quiso escucharlo. Había estado en el combate y toma de Pisagua; peleó en Dolores, en Tarapacá, en

Tacna y en Chorrillos, pero todos ya se habían enterado de las suficientes atrocidades, todos sabían de memoria cómo fueron esos combates en pleno desierto. Entonces Krebs imaginó que para tener un poco de atención debía mentir, exagerar, relatar incluso proezas que no habían sido ciertas. Le resultó bastante bien por un tiempo. Hasta que vino el hastío. Todas las situaciones que contó y que lo hicieron sentirse bien y satisfecho de sí mismo, todas las veces que dijo que hizo lo que debía hacer —lo único que se esperaba de un patriota ejemplar, la verdad— pronto comenzaron a perder su brillo. Dijo que había sido de los primeros en entrar a Lima, cuando en realidad lo hizo dos semanas más tarde, como parte de un regimiento que el día de la ocupación estaba destinado a tareas menores a cincuenta kilómetros.

Quienes prestaban atención a Krebs por lo general eran viejos de paciencia larga y muchachos que disfrutaban con los detalles sangrientos de los combates. De esa forma consolaban su frustración por no haber alcanzado a enlistarse debido a algún defecto físico o bien a razones mentales, lo cual para Krebs era un misterio. Él los miraba y los escuchaba hablar buscando la falla por la que habían sido rechazados, pero no advertía nada y nunca se atrevió a preguntarlo directamente. No quería ofenderlos.

Krebs acabó tan asqueado de contar sus peripecias llenas de mentiras y exageraciones que llegó a tener náuseas. Cuando se encontraba con algún otro soldado y cruzaban palabras, él tomaba la actitud del veterano que prefiere callar pues pasó por situaciones tan terribles que el mismo susto de vivirlas hizo que las olvidara al instante, que las confundiera al punto de convertirlas en relatos incoherentes. Con los años habría muchos así en todas las ciudades: viejos a los que cualquiera que escuchara con atención notaría de inmediato lo mal que estaban de la cabeza.

Al término del verano, Krebs había tomado la costumbre de quedarse acostado hasta bien entrada la mañana. Después de desayunar, iba a la biblioteca municipal y elegía un libro. Comenzó leyendo *Frankenstein* pero no lo terminó. Lo siguiente que sacó de la repisa fue un pequeño volumen de cuentos de Edgar Allan Poe que le

gustaron mucho. Habían sido traducidos e impresos en México, sin modismos españoles, lo cual Krebs sintió como un gran alivio. Las historias de Poe tenían ingredientes similares a los de la novela que acababa de regresar al estante, pero eran más cortos y más directos. Cuando faltaban una o dos páginas, él imaginaba cómo podía ser el final, pero siempre se equivocó, siempre ocurría otra cosa. En vez de decepcionarlo, aquello lo animaba a empezar el siguiente hasta llegar a poco del término y volver a pensar en la forma de su desenlace.

Había uno que era su favorito. Se llamaba «El entierro prematuro» y memorizó uno de sus pasajes: la historia del oficial que cae de su caballo, se fractura el cráneo y se da por muerto. El hombre es enterrado un jueves y al domingo siguiente despierta y comienza a remover la tierra del cementerio. Alguien lo nota y entre varios lo ayudan a salir.

El episodio le impactó tanto que Krebs copió un párrafo en una tira de papel y la mantuvo mucho tiempo en su velador: *La verdadera desgracia —el colmo de la calamidad— es personal y no general*.

Krebs regresaba a su casa pasado el mediodía, almorzaba y se iba al patio a tocar guitarra. Intentaba componer melodías pero sentía los dedos rígidos, torpes y se aburría al poco rato. A media tarde salía a caminar por la ciudad, daba vueltas por la plaza y entraba a algún salón. Pedía una taza de té que siempre dejaba a la mitad.

Nada había cambiado en La Serena durante el tiempo que estuvo en la guerra. Lo único que causó cierto revuelo entre los vecinos fue que la academia de música debió cerrar por falta de alumnos. De alumnos y de profesores, mejor dicho, porque estos últimos también se habían sumado a las tropas que iban al norte. Pero ellos aún no habían vuelto.

Krebs supo esto por sus padres. Le contaron la noticia al final de la cena de bienvenida, cuando bebían un bajativo de licor de limón en vasos demasiado pequeños para su gusto. En el norte Krebs aprendió a tomar coñac y aguardiente del gollete. Muchas noches se emborrachó y se quedó dormido sin ser capaz de quitarse los calamorros antes de entrar en la tienda de campaña.

«Fue muy triste lo de la academia», dijo su madre.

A los días siguientes pasó por la casona donde se impartían las clases y vio que en su lugar había un negocio de venta de quesos y cecinas. No tuvo ningún sentimiento especial al respecto.

Pero en realidad sí hubo una cosa que había cambiado bastante en La Serena durante el tiempo en que estuvo en el norte. Krebs se dio cuenta de que las muchachas de la ciudad habían crecido y se vestían de otro modo. Las veía en el puesto de helados o comiendo dulces o tomando refrescos afuera de la recova. Algunas lo saludaban. Otras apenas lo miraban. A él le gustaba la idea de tener una novia nueva, pero no la de cumplir con requisitos ni pasar tensiones para conseguirla. La pasó mal con la anterior, una chica de la colonia alemana llamada Flora que al cabo de unos meses se radicó en Santiago con su familia. Krebs no quería volver a cortejar a nadie. No quería contar más mentiras. No quería seguir diciendo más historias que no habían ocurrido ni cargar con sus consecuencias. No quería cargar ninguna consecuencia de nada. Eso en verdad. Había ido al norte, había regresado y solo quería estar en paz.

Un día comenzó a leer los boletines de la guerra que llegaban a la ciudad. Se sentaba en el jardín de su casa y pasaba dos o tres horas sin despegar la vista de sus páginas. Allí se contaban los combates en los que había participado y los que ocurrieron después. Krebs leía los boletines y sentía que estaba aprendiendo sobre la guerra en que estuvo. Fue siempre un buen soldado. Eso era lo importante, pensaba. Combatió en batallas que habían significado algo. Se preguntaba cuánto tiempo iban a durar en la memoria de la gente.

Los boletines eran una mezcla de comunicaciones oficiales, cartas, reportes, pequeños relatos y otros escritos inclasificables. Era lo más interesante que había leído nunca. Mucho más que las historias de Poe, pensaba a veces, aunque al día siguiente, de regreso a la biblioteca, seguía leyendo los cuentos y volvía a su opinión original. Poe era insuperable. Allí estaban «La caja oblonga» y «La máscara de la muerte roja», sus dos nuevos cuentos favoritos, para quien tuviera dudas.

Le gustaba como se leían los títulos en inglés. Sonaban importantes.

«*Te Oblong Box*...», susurraba. «*Te Mask of the Red Death*».

Krebs sabía mucho inglés pero en la guerra no fue necesario ocuparlo.

Un día, su madre entró temprano a su pieza y se sentó a los pies de la cama.

«Anoche tuve una conversación con tu padre, Haroldo. Él piensa que es momento de que busques un trabajo».

«¿Eso dijo?».

«Sí. Tu padre lo piensa. Deberías hacerlo. La academia ya no está, la orquesta tampoco», dijo ella y se quedó mirando por la ventana hacia los árboles que tapaban la calle. «¿Bajarás a desayunar?».

«En cuanto me levante».

Krebs entró a la cocina al poco rato. Sobre la mesa había media decena de periódicos de Santiago. Recién habían llegado. Todas las semanas alguien los traía a la casa. Los tomó y comenzó a abrirlos, pasando sus páginas y separando para leer después las hojas donde había noticias que le interesaban. No eran noticias sobre la guerra.

«Haroldo, por favor no desarmes los diarios. Tu papá no podrá leerlos si están deshojados».

El padre de Krebs era dueño de una tienda de ropa para caballeros, la más grande de La Serena, y vendía a toda la región. Al señor Krebs le gustaba hacerse cargo de la mayor cantidad de asuntos del negocio. Tenía pocos dependientes y llegaba tan cansado por las tardes que lo único que pedía era que le sirvieran un vasito de licor de limón y que nadie lo molestara cuando leía los diarios en el comedor.

«No te preocupes, mamá. Los dejaré tal como estaban para cuando él vuelva», dijo Krebs y comenzó a desayunar. Sobre la mesa había una fuente con huevos cocidos, otra con tomates partidos por la mitad y una bandeja con panes pequeños y de corteza bien horneada, aunque demasiado duros para su gusto.

Al cabo de un instante, su madre se sentó a la mesa frente a él.

«Por favor, deja los diarios, hijo».

Krebs la miró. Tenía la boca llena, pero mascaba con suavidad para no ser irrespetuoso.

«¿Has decidido lo que vas a hacer?».

«No, todavía no».

«¿No crees que es hora?».

«Sí, pero me lo acabas de decir. Aún no he pensado».

«Dios tiene una tarea para cada uno», dijo ella. «En su reino no puede haber gente que no haga nada».

«Yo no estoy en su reino», mamá.

«Todos estamos en su reino».

Krebs bajó la vista a su plato. Todavía le quedaba la mitad de un huevo cocido.

«Me preocupas, hijo. Sé de las tentaciones a las que te expones. Sé lo débiles que son ustedes los hombres. Y no digo ustedes los soldados que han vuelto, sino que los hombres. Me acuerdo de las historias que nos contaba tu abuelo sobre las guerras que hubo antes y cómo regresaban a la ciudad. Volvían locos. No lo pasaban bien».

«¿Qué guerras, mamá?».

«La guerra con España», dijo ella, sorprendida de que se lo preguntara.

«España», musitó Krebs. «Este país es culpa de España. Nos hubieran descubierto los pueblos de Europa central y habría sido tan distinto. España, reyes, religión católica y una lengua que necesita tantas palabras para decir tan poco».

«¿Dónde aprendiste eso, Haroldo?».

«En la biblioteca lo leí».

«Tu padre sospecha que no tienes ambición, que no tienes una meta para tu vida. En cambio José Manuel, el joven que tocaba el trombón en tu academia y que es de tu misma edad...».

«¿Qué pasa con él?».

«Él tiene un buen trabajo. Lo encontró a los dos días de regreso de Perú. Incluso ahora va a casarse. Con una niña de la colonia japonesa».

Krebs abrió los ojos de impresión.

«Los muchachos están siendo muy comedidos. Llegaron a ocuparse, tienen ganas de ser productivos. Tú también debieras hacerlo. Hay tanto por hacer. Basta que te animes y te apoyaremos».

Krebs no dijo nada a su madre.

Pero sí se quedó mirándola.

Ella no sabía que su hijo fuese capaz de mirar de ese modo. Se asustó, pero ya había comenzado a hablar.

«Sabes que te amo y por tu propio bien quiero que sepas cómo es la vida ahora en esta ciudad. Tu papá quiere que seas libre de elegir, pero que elijas. No quiere que trabajes en la tienda ni estés obligado a quedarte con el negocio cuando él no pueda manejarlo. Tienes que empezar a hacer algo. Me pidió hablarte de esto y que después fueras a verlo. Quiere conversar contigo en privado».

«¿Eso es todo?», preguntó Krebs.

«Sí. Porque tú quieres a tu madre, ¿no?».

«No».

La madre de Krebs lo miró incrédula desde el otro lado de la mesa que de pronto se hizo más ancha de lo que en realidad era. Ella tenía los ojos entrecerrados y había comenzado a llorar.

«Yo no quiero a nadie», dijo él y de inmediato se arrepintió. Se sintió un imbécil, un estúpido por haber dicho lo que no sentía. Quiso repararlo y le tomó un brazo con suavidad.

«No he querido decir eso, mamá. Estaba enojado. Estoy enojado. Pero no es que no te quiera. Por favor».

Krebs puso una mano en su hombro.

«¿Me crees, mamá?».

«Está bien», dijo ella. «Soy tu madre. Te ponía contra mi corazón cuando eras chico».

«Lo sé, mamá. Trataré de cambiar, de ser una persona buena».

«¿Quieres rezar conmigo?».

Ambos se arrodillaron a un costado del comedor y la madre de Krebs inició su oración.

«Ahora siga usted, hijo», le dijo ella.

«No puedo», dijo Krebs.

«Inténtelo».

«No puedo».

«¿Quiere que yo rece por usted?».

La madre oró de nuevo. Fueron susurros bastante cortos o al menos así lo percibió él. Se pusieron otra vez de pie, Krebs se despidió de ella con un beso y salió a la calle. Había hecho todo eso para no complicar

la vida. No complicarla para ella. Esa era la verdad. Quería que su madre estuviera bien. Por eso le había mentido. No quería tener problemas.

Apenas caminó un par de calles hacia la plaza, Krebs decidió que se iría de La Serena y encontraría un trabajo en el sur. Pensó en Santiago, en Valparaíso y luego en San Felipe. Tenía su hoja de servicio y la constancia de que había combatido. Merecía algún respeto por eso. Su duda era si partía de inmediato o esperaba a conversar con su padre. De momento solo estaba seguro de que no pasaría por la tienda. No quería exponerse a escándalos en público. Eso se lo iba a ahorrar. Quería que las cosas transcurrieran tranquilas. Se preguntaba si era mucho pedir.

Nota del autor

Estos relatos fueron escritos durante los últimos dieciocho años. Con el tiempo, algunos personajes y episodios crecieron hasta transformarse en proyectos más grandes. Otros son homenajes a autores que considero parte de mi formación: «La muerte es una cosa muy seria» es una reescritura del relato «Tomás Godoy, el empampado», del narrador antofagastino Nicolás Ferraro. Fue publicado en un volumen de mismo título por la editorial Nascimento en 1979. Mientras que «Allá en el norte hay una guerra» nació desde un cuento de Ernest Hemingway que se titula «*Soldier's Home*» y está fechado en 1925. En ambos casos, el intento de estas nuevas versiones fue similar a la experiencia del músico que reversiona una canción que considera significativa: como sabe que no la podrá igualar, entonces se atreve a transformarla. Imposible más.

Para reconstruir ciertos episodios fue muy importante la serie de boletines oficiales de la Guerra del Pacífico, obsequio de mi amigo Andrés Medina Williams en 2004, y las memorias del veterano J. Arturo Olid, contenidas en *Crónicas de guerra* (1999).

Agradezco a Marcela y a nuestras hijas Elena y Rebeca por la paciencia. También a Andrea Viu, mi agente. A Carlos Costas y Álvaro Bisama, quienes leyeron el borrador final y opinaron. A Beltrán Mena, por Cendrars. A Evelyn Erlij, por la traducción del poema al francés. A Paz Balmaceda, mi editora en Alfaguara, y Melanie Jösch junto a todo el equipo de Penguin Random House involucrado en este libro.

P. Jara
Ñuñoa, 2018

* «Si le ganas, te lo voy a chupar... me voy meter en la boca toda esa cosa tremenda, todo ese tremendo animal que debes tener ahí abajo, colgando con esas bolas peludas y llenas de leche».

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© © 2018, Patricio Jara
© © 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House /Portada Julio Valdes / Diagramación Lilian Ferrada/

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789563840889

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.